

3-5

La *Psicología social desde Centroamérica*, de
Ignacio Martín-Baró, es la respuesta científicamente comprome-
tida y coherente que, con el bagaje teórico y metodológico
de esta disciplina, permite presentar y analizar los proble-
mas de una región en conflicto. El autor intenta elaborar un texto
de psicología social desde la propia realidad centroamericana.
Una búsqueda segura del conocimiento psicosocial a la
luz de la reintroducción de la historia en una ciencia que, en
muchas ocasiones, es atemporal y formalista. La situación
de los pueblos de Centroamérica se debate entre la
lucha de las masas levantadas en armas contra sistemas
opresivos y la esperanza de una liberación que dignifique al ser
humano. El proceso, doloroso desde todos los ángulos, tiene la
calidad de ser escenario preciso para el investigador y el
estudiante de las ciencias sociales. Permite por ello recorrer las
relaciones entre persona y sociedad, entre alienación y con-
fianza, entre opresión y libertad.

Los temas expuestos en esta obra van encaminados a desentra-
ñar los intereses ocultos tras el hacer y el quehacer de grupos y
masas en las sociedades conflictivas de Centroamérica, don-
de la ideología juega un papel de primer orden tanto de parte de
la clase dominante como de la clase dominada. Hay, en este
libro, un esfuerzo por elaborar una psicología social que, reco-
rriendo lo mejor de su tradición científica, ofrezca respuesta a los
interrogantes de los procesos que viven hoy los pueblos centro-
americanos. En este primer volumen, Martín-Baró describe e
interpreta la configuración social de las personas y de algunas
características básicas del comportamiento interpersonal. Muchas pági-
nas de esta obra han sido escritas al calor de los acontecimien-
tos: en medio del registro policial al propio hogar, tras el
asesinato de algún colega o bajo el impacto físico y moral de la
violencia que ha destruido la oficina donde se trabaja. Esas
páginas, sin duda alguna, permiten adentrarse en el mundo de
los sentimientos y descubrir la verdad de su dolor en la óptica de una
psicología social crítica, en donde la ciencia y la praxis se
gan más allá del rigorismo academicista o de las abstrac-
ciones asépticas.

Original

acción e ideología
psicología social desde centroamérica

martín-baró

acción e ideología

psicología social desde centroamérica

ignacio martin-baro

Colección Textos Universitarios
Serie Psicología
Volúmen 1

Primera edición 1983
Segunda edición 1985
Tercera edición 1988
Cuarta edición 1990
Quinta edición 1992
Sexta edición 1995
Séptima edición 1996

©UCA Editores

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
Apartado postal 01-575, San Salvador, El Salvador, C.A.

ISBN 84-8405-051-3

© Derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en El Salvador por Talleres Gráficos UCA, 1996.

A MODO DE PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Es difícil que un científico social se muestre totalmente conforme con sus trabajos pasados, y ello no sólo por el lógico caminar de la historia, que muestra nuevas facetas de la realidad humana, sino porque la misma comprensión científica de los hechos y procesos tiende a evolucionar: se ven otros aspectos, se adquieren informaciones nuevas, se modifican ciertas valoraciones. Si por el gusto del autor fuera, no pocas páginas de este libro tendrían que ser escritas de nuevo, ampliadas, cambiadas o simplemente eliminadas. Como, a pesar de sus tumbos y vacilaciones, la psicología social sigue teniendo cultivadores, algunos de excelente calidad, resulta tentador echar mano de sus trabajos más recientes, de sus últimas investigaciones, para enriquecer o discutir los propios enfoques. Ciertamente, en más de un medio académico resultaría imperdonable sacar una segunda edición de un texto sin, al menos, haber actualizado la bibliografía.

Sin embargo, fuera de la corrección de una serie de erratas más notorias, de estas palabras de introducción y de una nueva carátula, más sobria y menos problemática para quienes tienen que mostrar sus libros a retenes militares (¡se ha eliminado el color rojo!); la segunda edición de "Acción e ideología" es idéntica a la primera. Cabría justificar esto de diversas maneras: el autor sigue manteniendo los mismos planteamientos, lo cual es cierto; en el año y medio transcurrido desde la primera edición no ha habido aportes en el área que supongan novedades sustanciales, lo que también es verdad; finalmente, Centroamérica y en concreto El Salvador, objetos centrales de nuestra reflexión psicosocial, siguen sumidos en los mismos conflictos, la misma guerra civil de la que no les permite emerger el empecinamiento hegemónico y la prepotencia militar norteamericana.

La verdad es que estas razones, todas ellas válidas, no han sido la verdadera causa de no retocar el libro o ponerlo al día. Acudir a ellas sería transigir con pequeñas racionalizaciones y saludar con el elegante sombrero de la suficiencia científica. La verdadera razón ha sido mucho

CAPITULO PRIMERO

ENTRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

1. ¿QUE ESTUDIA LA PSICOLOGIA SOCIAL?

A juzgar por el número de ediciones masivas lanzadas al mercado en estos últimos años, las obras de psicología han gozado de gran popularidad y aceptación. Cabe dudar, sin embargo, que este proceso de difusión haya producido un mejor conocimiento de las personas sobre sí mismas y los demás; lo que ciertamente sí ha producido ha sido el enriquecimiento de un vocabulario aparentemente esclarecedor para uso cotidiano y una consagración de las tendencias más individualistas de las personas como ideales de la vida humana. Así el individuo calificado ayer de idealista será tildado hoy de "paranoide", el acto de exigir responsabilidades será calificado como "una proyección" y las aspiraciones insolidariamente egoístas de quien no quiere renunciar a sus privilegios se ampararán bajo el multicolor paraguas de "necesidades de auto-realización".

Con la excepción de la llamada "dinámica de grupos", los estudios de psicología social han tenido menor difusión que los análisis sobre la personalidad individual, la sexualidad o los problemas patológicos. Sin embargo, últimamente hemos visto multiplicarse la edición de obras que global o sectorialmente se ocupan de la psicología social. Es obvio que esta multiplicación responde a las necesidades competitivas de las empresas editoriales más que a las necesidades objetivas de los lectores, ya que los mismos planteamientos se repiten con una monotonía digna de mejor causa, y la innovación en el diseño editorial pretende suplir la ausencia de originalidad en el pensamiento.

Este defecto se vuelve más notorio cuando los libros son examinados desde la perspectiva latinoamericana. El contraste entre la propia realidad vivida y la realidad presentada en estos estudios resulta cuando menos chocante. En lo fundamental, el mundo descrito por los psicólogos sociales parece ser otro mundo, otra sociedad. De hecho así es: el mundo presentado por la mayoría de psicólogos sociales es el mundo de los Estados Unidos, sobre todo el mundo del estudiante universitario norteamer-

ricano, con sus problemas de identidad sexual y su capacidad para entrar en el juego de grupos pequeños realizando tareas sin sentido alguno.

El lector latinoamericano no puede menos de sentir que los aspectos más cruciales de su propia existencia, de su propia historia, no son ni siquiera tangencialmente considerados y mucho menos estudiados en profundidad. Siente, así mismo, que cuando algunos de los propios problemas son examinados sufren un desencarnamiento similar a la desexualización con que ciertos artistas caracterizan a los personajes religiosos. Son problemas llevados a la abstracción, donde se han recortado las aristas hirientes y se han eliminado los contextos de significación comprometora.

Lo grave de este contraste entre la realidad histórica vivida en nuestros países y la realidad tal como se presenta en los textos de psicología social, es que parece existir más coherencia en el mundo fantasmal de los libros que en el mundo desgarrado de la cotidianidad. Se trata de una lógica implícita, pero arrastrante. Una lógica enajenadora, en la medida que produce la impresión de completar un universo de sentido. Tras la lectura, el lector puede incluso experimentar una confianza ingenua en el conocimiento adquirido. Sin embargo, los esquemas propuestos le llevan las más de las veces a aplicar prismas asépticos, que imponen camisas de fuerza y barbarismos presuntuosos a los hechos, personas y procesos de la realidad social. El mundo de estos textos de psicología social es un mundo percibido, es decir, donde la realidad cotidiana parece depender más de los propios esquemas perceptivos que de los procesos objetivos de producción y reproducción social; las personas se guían por pequeños indicadores estimulantes que observan en el ambiente o en las demás personas, y no por las necesidades fundamentales de lograr un trabajo, una tortilla y un techo en una sociedad opresiva e inhóspita; los grupos parecen elaborar sus normas de convivencia a fin de que cada cual encuentre su función social en un universo armonioso, en lugar de soportar los embates de una estructura social discriminadora que impone presiones y aplica represiones desde las exigencias insaciables de quien controla el poder.

¿Es ésto la psicología social? Ciertamente, es una psicología social, apta para el consumo masivo de estudiantes universitarios o "dinámicos" empresarios capitalistas. Por desgracia, para muchos ésta es la psicología social. En nuestra opinión, ni es la única ni es la mejor —al menos, para nosotros— ni en modo alguno el quehacer del psicólogo social tiene que asumir sus lineamientos.

El problema central de la psicología social en uso no está tanto en algunos de sus hallazgos o en algunas de sus proposiciones específicas, cuanto en el enfoque global que adopta sobre el objeto de su estudio. Dicho de otra manera, el problema se cifra más en sus presupuestos, las más de las veces implícitos, que en sus logros finales, cuya valoración objetiva sólo puede realizarse desde una perspectiva histórica y no apli-

cando los mismos esquemas que los generan. Examinemos esta afirmación de una forma concreta.

La mayoría de los autores de textos de psicología social apenas dedica uno o dos párrafos a definir la psicología social y prefiere precisar su objeto enumerando los temas que de hecho se han estudiado y va a examinar en su obra (ver, por ejemplo, la interesante discusión de Brown, 1972, págs. 1-5). Esta postura recuerda la respuesta de Binet a la pregunta de qué era la inteligencia. Aunque el creador del primer test contemporáneo había dado definiciones más eruditas (ver Binet, 1903), se cuenta que prefería definir la inteligencia como "aquello que mide mi test". El problema de estas definiciones es que delimitan la realidad por lo conocido y confunden ideológicamente lo factual con lo posible. Es bien sabido que el conocimiento es parcial, relativo y limitado, que la propia perspectiva determina aquello que se puede captar. A ningún astrónomo sensato se le ocurre afirmar que el universo espacial termina allá donde terminan los astros y planetas detectados por sus telescopios; ni tampoco pretenden que astros y planetas no sean más que la imagen que de ellos obtienen a través de sus instrumentos de observación. Precisamente la identificación de inteligencia con lo medido por los tests de inteligencia ha llevado a la crisis actual del concepto de "cociente intelectual" y al cuestionamiento sobre la validez de todo este tipo de medidas (ver Martín-Baró, 1977; Liungman, 1972; Salvat, 1972).

Reducir la psicología social a lo que de hecho han estudiado y cómo lo han estudiado los psicólogos sociales significa aceptar que una ciencia es definida por aquellos que han dispuesto del poder económico y social para determinar los problemas que debían ser estudiados y las formas como debían resolverse. En el presente caso, es bien sabido que los problemas actuales tratados por los textos de psicología social son fundamentalmente los problemas que los centros de poder de la sociedad norteamericana han planteado a sus académicos, y las respuestas que los psicólogos sociales norteamericanos han proporcionado a estos problemas para afirmarse al interior del mundo científico de los Estados Unidos (ver Danziger, 1979). Estas respuestas, claro está, son lógicas en el contexto de este sistema social y de esta estructura productora de conocimiento. Sin embargo, el alcance y sentido de las preguntas están determinados por los intereses de la clase que tiene el poder para plantearlas. El problema no hay que buscarlo tanto en la lógica interna de la respuesta, cuanto en el sentido de la pregunta; no hay que mirar tanto si la solución es válida al interior del esquema, cuanto si el esquema es históricamente aceptable.

El caso de la llamada "dinámica de grupo", al que volveremos en varios lugares de esta obra, es paradigmático (ver Deleule, 1972, sobre todo págs. 104-123). El mismo nombre traduce el engaño. Cuando se habla de grupo se está entendiendo aquí, fundamentalmente, al grupo pequeño (microgrupo), no a los grupos más amplios y mucho menos a las

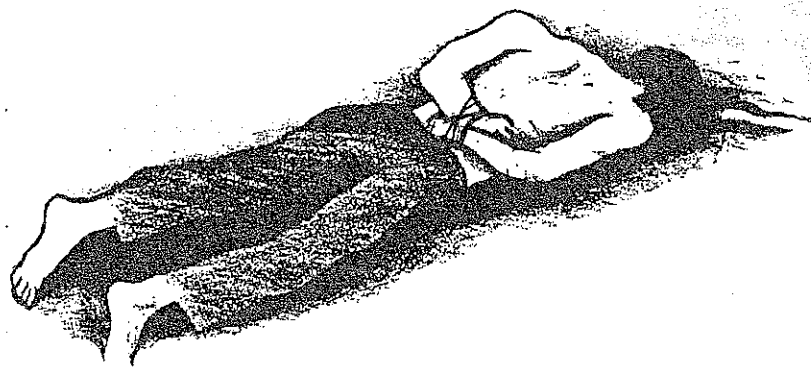
clases sociales. Más aún, en su gran mayoría el conocimiento existente sobre estos grupos proviene no de los grupos pequeños más importantes y estables, como la familia, sino de agrupaciones circunstanciales, reuniones de estudiantes y hombres de negocios tratando de realizar tareas intrascendentes o de aliviar sus tensiones internas. Por otro lado, la dinámica se entiende fundamentalmente como las fuerzas y procesos que se producen al interior del grupo, en la interacción de sus miembros, como si el grupo pequeño fuera una entidad cerrada e independiente del mundo.

No es que muchos de los procesos descritos y analizados por los investigadores de la "dinámica de grupos" carezcan de validez, al menos parcial, o que los métodos propuestos para el trabajo en grupos pequeños no produzcan los efectos buscados. Como decíamos, los logros tienen o pueden tener sentido una vez que se penetra en la lógica de sus presupuestos implícitos. El problema se cifra en el enfoque que pretende reducir la esencia del grupo humano a la realidad factual de estos grupos, analizados desde la perspectiva de quien persigue llevar al grupo a que acepte unas metas convenientes a quienes tienen el poder social (ver Lewin, 1943, 1951) o aliviar al interior del grupo tensiones o conflictos cuyas raíces se encuentran en la macroestructura social (ver Moreno, 1962). Recuerdo que, en una ocasión asistía yo a una reunión en la que se iban a ventilar importantes conflictos de una institución académica. Al saber que los dos primeros días de la reunión se iban a dedicar en su integridad a ejercicios de "dinámica de grupos", uno de los participantes comentó públicamente su recelo: "La experiencia me dice —señalaba— que estos ejercicios le amansan a uno y luego, cuando hay que discutir los problemas, se está más atento a no herir u ofender a los miembros del grupo que a resolver los problemas reales de la institución".

Es difícil afirmar que en esta obra lograremos superar los límites y condicionamientos de que adolece la psicología social por las pautas y logros impuestos desde los centros de poder académico y científico. Pero ciertamente nuestro punto de partida será la realidad cotidiana tal como es vivida por la mayoría de la población centroamericana y, más particularmente, salvadoreña. No pretendemos tampoco ser imparciales en la elección y enfoque de los temas, con esa pretendida asepsia de quien selecciona por inercia, sin examinar los criterios que, consciente o inconscientemente, están determinando la elección. Elegimos precisamente aquellas situaciones, procesos y fenómenos que nos parecen reflejar mejor los conflictos claves que confronta hoy el pueblo centroamericano.

Ahora bien, muchas son las ciencias que afirman estudiar la realidad social. ¿Cuál es la óptica particular de la psicología social? ¿Existe algún aspecto de esa realidad social que sea objeto peculiar de estudio para la psicología social? ¿O la psicología social estudia los mismos fenómenos que otras ciencias, pero desde una perspectiva propia? Examinemos esta cuestión a partir de tres situaciones concretas.

Es bien sabido que la tortura a los enemigos capturados es una triste realidad, casi tan antigua como la humanidad. Sin embargo, la tortura sistemática a enemigos políticos ha alcanzado recientemente en nuestros países cotas de crueldad repugnantes a la conciencia contemporánea así como un carácter institucional que abiertamente contradice la llamada "vocación democrática" de la que los gobernantes de turno gustan proclamarse fieles seguidores. Existen pruebas fehacientes de que la tortura es práctica normal para los cuerpos de seguridad en El Salvador. La declaración jurada del reo político Reynaldo Cruz Menjivar (1978), que logró escapar de la cárcel, es un desgarrador testimonio de los niveles de salvajismo e inhumanidad a que puede llegar la relación entre seres humanos (ver Recuadro 1; ver, también, Carpio, 1979).



Ciertamente, la tortura no ha sido uno de los temas de interés de las ciencias sociales, que apenas le han dedicado en el mejor de los casos una atención marginal. Esta falta de atención resulta tanto más sospechosa cuanto que la psicología ha empleado como uno de sus métodos de investigación favoritos el castigo mediante pequeñas descargas eléctricas o aislamiento sensorial que, aunque menores, son claras formas de tortura.

La sociología estudia la tortura desde la perspectiva del control social como característica necesaria a cualquier sistema político. ¿Qué sistemas políticos y en qué circunstancias necesitan recurrir a la tortura? La sociología también puede estudiar la tortura y, en general, las formas de represión social como aspectos del conflicto de clases en una sociedad concreta, o como expresión de las contradicciones internas a que puede abocar una determinada organización social. La psicología, por otra parte, estudiará la personalidad de quienes ejecutan los actos de tortura, las formas psicológicas de tortura, o las reacciones psicosomáticas del torturado. Finalmente, la psicología social estudiará la tortura como una forma de relación humana (por irónico que pueda aparecer este calificativo en el presente caso) y, por tanto, como un proceso que no puede explicarse simplemente a partir de la realidad de los individuos que en él participan. ¿Cómo puede mentalmente una persona llegar a convertirse en torturador? ¿Cuál es el significado social del proceso de tortura? ¿Cómo reaccionan las personas a la tortura? ¿Qué efectos transitorios y permanentes produce en los grupos sociales el peligro real de la tortura?

La tortura es, desgraciadamente, un acontecimiento cotidiano, pero que afecta a pequeños sectores de la población. La vivienda, sin embargo, es una de las circunstancias claves en la vida de cualquier población. Según cálculos confiables, el 50% de la población salvadoreña carece de vivienda adecuada, es decir, que reúna unos mínimos esenciales de espacio, seguridad, servicios e higiene. Una de las formas más típicas de vivienda popular en El Salvador es el llamado mesón (del que volveremos a hablar más adelante). El mesón o casa de vecindario genera una especie de sistema social especialmente determinado que constriñe la vida de los inquilinos e induce particulares formas de comportamiento. La vida en el mesón representa uno de los capítulos más importantes o, por lo menos, más comunes de la vida social salvadoreña (ver Recuadro 2).

La sociología estudiaría la vida en el mesón con respecto al problema de la vivienda, su demanda y oferta, así como los movimientos migratorios, económicos y laborales vinculados con ella. También estudiaría las formas de organización familiar y comunitaria que se producen en estas circunstancias, las clases sociales involucradas, la emergencia de economías marginales, y los procesos de delincuencia y anomia que aparecen vinculados a esta forma de vida.

RECUADRO 1 TORTURA

"Cuando ingresamos en el citado cuerpo de seguridad de inmediato me arrancaron a tirones la ropa hasta quedar desnudo y siempre vendado y esposado fui sometido a un interrogatorio... Tales interrogatorios duraban desde dos horas y media hasta cinco o seis horas seguidas, sintiendo el calor de presumiblemente potentes reflectores y temblores a raíz de los choques eléctricos recibidos... Cuando me veían desfallecido, casi sin aliento y desmayado, ensangrentado y entumecido por los golpes y malos tratos, me iban a tirar como si fuera un fardo a la celda que me habían asignado, en la cual las cucarachas, los mosquitos, zancudos, moscas, ratas y gran cantidad de otros insectos pululaban entre los excrementos y orines, ya que la celda carecía de algún orificio en el suelo para que la suciedad pudiera salir!. Cuando llegaban a buscarme para otro interrogatorio y no podía moverme de debilidad por el hambre y la sed, así como por las lesiones que presentaba, me halaban de los pies y a puñetazos me hacían volver un poco en mí; al octavo día me llevaron en un bote sucio con restos de pintura, un poco de agua en la que habían unas cucarachas, pero era tan grande la sed que me devoraba, que como pude, tomé entre mis manos tumefactas ese bote y bebí ávidamente su contenido, inclusive la cucaracha, cuya existencia dentro del agua comprobé hasta que la tuve en la boca; ese hecho me produjo un vómito inmediato, expulsando de nuevo el agua sucia que acababa de ingerir, y quedando peor que antes. Así era la rutina durante los primeros veintiséis días".

(Testimonio del reo político Reynaldo Cruz Menjivar. ECA, 1978, 360, 850-858).

La psicología social, por su lado, se interesaría también por muchos de los aspectos estudiados por la sociología, pero examinaría más particularmente la vida del mesón como un sistema de interacción humana, con unos mecanismos y procesos peculiares de comunicación, donde los requerimientos de las necesidades de unos y otros van generando normas explícitas o implícitas de convivencia, y donde las fuerzas de los miembros dan sentido a los conflictos y a la estructuración de las relaciones y comportamientos.

En los momentos de agudización de los conflictos sociales, los procesos de grupo adquieren una especial importancia. Las manifestaciones callejeras (ver Recuadro 3), las huelgas laborales y políticas, las ocupaciones de edificios y otras acciones semejantes alteran la evolución normal de la cotidianidad establecida. Los grupos (y las personas) tienen que adoptar decisiones para las que no tienen normas claras y a veces ni siquiera criterios orientadores. En uno de los múltiples conflictos laborales que se plantearon en San Salvador en 1979, los trabajadores de una fábrica nacional ocuparon las instalaciones y retuvieron a un buen número de rehenes, sobre todo de mandos intermedios. Reunidos los propietarios y administradores de la fábrica, consideraron las peticiones de los huelguistas, peticiones en su conjunto muy razonables y a las que la fábrica podía atender sin mayor dificultad. Mientras el gerente de la fábrica era partidario de acceder a las demandas de los huelguistas y ocupantes, el principal accionista adoptó la postura dura de no negociar en tanto los rehenes no hubieran sido liberados. Los días empezaron a pasar, sin que el grupo propietario flexibilizara su postura. Tras un mes de ocupación, y unos minutos antes de que fuerzas de seguridad recuperaran violentamente la fábrica, los obreros la abandonaron y —no se sabe si intencional o casualmente— la fábrica fue incendiada, quedando totalmente destruida.

Las huelgas y su resolución son acontecimientos de gran significado para las ciencias sociales, aunque, lamentablemente, la corriente dominante de científicos sociales ha rehuido a menudo el estudio profundo de las formas concretas de conflicto social. La sociología se interesa por una huelga en la medida en que expresa las áreas problemáticas en el funcionamiento de una estructura social, y en cuanto revela los dinámismos que pueden alterar un ordenamiento social concreto. La psicología social se interesa, sobre todo, por la interacción de personas y grupos que se produce en el desarrollo del proceso conflictivo. Ante situaciones para las que no existen claras prescripciones, ¿cómo se llega a adoptar una decisión? ¿Cómo y por qué llegaron los trabajadores a la decisión no sólo de declararse en huelga, sino de extremar su postura mediante la ocupación de la fábrica? ¿Cómo y por qué la dirigencia de la fábrica decidió adoptar una postura totalmente intransigente, y, a pesar de los obvios peligros, la mantuvo hasta el final? ¿Cómo intervinieron las distintas personalidades y factores en juego en el proceso de adoptar esas decisiones que condujeron a consecuencias tan desastrosas? ¿Hubo algún tipo de liderazgo en las decisiones de trabajadores y propietarios? ¿Qué determinó ese liderazgo y cómo fue ejercido?

Un examen de los tres casos presentados —tortura a un prisionero, la vida diaria en un mesón urbano, y el desarrollo y resolución de una huelga— y el tipo de preguntas que la psicología social se formula, nos permite llegar a una delimitación provisional del objeto de la psicología social.

RECUADRO 2 LA VIDA EN EL MESON

Angela se encarga de atender las necesidades familiares. A las seis de la mañana se levanta y va a la tienda a comprar las cosas para el desayuno. Cuando se va Carlos (su esposo), lava en el patio y atiende al desayuno del niño. Después, desayuna ella, arregla la pieza y se queda allí, leyendo el periódico o entreteniendo el tiempo. Hacia las once vuelve a salir a la tienda, a comprar las cosas para el almuerzo. Después, descansa en la pieza, leyendo el periódico o dormitando. Hacia las tres, sale con el niño a caminar por el patio. A veces le compra una paleta donde la Niña Lupita, y algunas tardes se quedan en la pieza de ella, viendo televisión. "Antes salía al parque con el niño; pero desde que oí cómo la Ana María decía que la señora de José Luis había salido toda una mañana para irse a un hospedaje con otro hombre, ya no me gusta salir. Únicamente salgo los domingos con Carlos".

Angela es bien considerada por sus vecinos, aunque ella trata de eludir el conversar frecuentemente con otras mujeres para evitar la acusación de "chambrosa" (murmuradora).

(Herrera Morán, A. y Martín-Baró, J. Ley y orden en la vida del mesón. ECA, 1978, 360, 803-828)

Ante todo, es claro que la psicología social no es lo mismo que psicología de los grupos (pequeños o grandes). La psicología social ciertamente analiza procesos grupales como la toma de decisiones en una huelga. Pero la psicología social también estudia la acción de personas individuales, como el torturar o la jornada normal de una mujer al interior de un mesón. Social no es lo mismo que grupal, aunque todo grupo humano es obviamente de naturaleza social. Lo social es una categoría más amplia que con perfecto derecho se aplica también a los individuos humanos (personas sociales). La constante de la psicología social en los ejemplos examinados, es decir, lo específico social es el atender a la acción de individuos o grupos en cuanto referida o influida por otros individuos o grupos. En la medida que una acción no es algo que se puede

explicar adecuadamente a partir del sujeto mismo, sino que, explícita o implícitamente, en su forma o en su contenido, en su raíz o en su intención, esté referida a otro y a otros, en esa misma medida la acción es social y cae bajo la consideración de la psicología social.

Las personas no somos seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de múltiples vinculaciones sociales. La psicología social trata de desentrañar la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y otros. La pregunta central sería entonces hallar en qué medida una determinada acción ha sido configurada por el influjo de otros sujetos, de qué manera su sentido total le viene precisamente de su referencia esencial al ser y hacer de los demás. Tenemos así una primera aproximación al objeto de estudio de la psicología social: la acción humana, individual o grupal, en cuanto referida a otros.

La mayoría de autores utiliza variantes de este tipo de definición. Como dice Gordon W. Allport (1968, pág. 3) en su síntesis histórica sobre la psicología social, "con contadas excepciones, los psicólogos sociales consideran que su disciplina es un intento por comprender y explicar la manera en que los pensamientos, sentimientos y comportamientos de los individuos son influidos por la presencia actual, imaginaria o implícita de los demás". En nuestro medio, Jesús Arroyo (1971, pág. 16) definió la psicología social como "aquella parte de la psicología que se ocupa del estudio de la conducta humana en el aspecto en que está referida a los demás, estimulada o reaccionada, que implica (la conducta) una conciencia social conforme a situaciones múltiples metaindividuales, en cuanto dicho comportamiento requiere de asociaciones motivadas por las necesidades individuales y del grupo".

Esta primera aproximación al objeto de la psicología social nos orienta hacia el comportamiento en cuanto relación, es decir, al influjo interpersonal. Es importante, entonces, preguntarnos cuál es la esencia última del influjo interpersonal, no en un sentido metafísico, sino en un sentido empírico. En otras palabras, ¿en qué consiste el influjo interpersonal reducido a sus mínimos elementos?

Esta pregunta ha sido una de las primeras en formularse experimentalmente. Ya en 1897 N. Triplett trataba de averiguar qué influjo tenía en ciertas competencias ciclistas y en ejercicios de ritmo la presencia de observadores. De alguna manera, todos hemos tenido la experiencia de sentirnos espoleados a correr más o a desempeñarnos mejor cuando sabemos que alguien nos está observando. Sin embargo, probablemente también habremos experimentado cierto embarazo e incluso agarrotamiento cuando nos ha tocado hablar ante un numeroso público o realizar alguna tarea difícil en presencia de "mirones" (peor aún si la presencia es de algún capataz o supervisor). ¿Cómo influyen los demás en nuestro comportamiento? ¿Es la presencia de espectadores o compañeros un estímulo

positivo o un obstáculo para el desempeño de la actividad humana? En otras palabras, ¿hay alguna diferencia entre realizar una acción en solitario y realizarla ante otros? ¿La ejecución de esa acción mejora, empeora o es igual?

Muchos autores han investigado estas cuestiones experimentalmente. En 1920, Floyd Allport publicó los resultados de una serie de experimentos en los que comparaba los resultados entre realizar una serie de tareas en solitario o en compañía de otros. Las tareas examinadas eran re-

RECUADRO 3 UNA MANIFESTACION POPULAR

Contra la voluntad de la extrema derecha y del sector prooligárquico de la Fuerza Armada, a pesar de la supresión del transporte público, a pesar de los retenes en las ciudades del interior del país, a pesar de las amenazas, los rumores, a pesar de la agresión abierta a comunidades rurales para impedir su asistencia, se oyen las voces de los organizadores, la cabeza de manifestantes da los primeros pasos... ¡el desfile se ha iniciado! Hacia el oriente, sobre la calle Rubén Darío, miles de simpatizantes y observadores se agolpan para ver pasar y saludar a las organizaciones. El espectáculo es epopéyico. Una verdadera verbena popular, con colores, proclamas y canciones. ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡Pueblo que lucha, triunfa! ¡El pueblo unido jamás será vencido! ¡El pueblo unido jamás será vencido!

El primero en avanzar es el partido UDN que, movilizándolo a más de 25,000 personas, pasa entre banderas rojas y amarillas. Llevan mantas con inscripciones alusivas a la Unidad, con exigencias sobre el cese de la represión y la libertad para los reos políticos. Enormes carteles, sobre armazones de madera y rodos, avanzan luciendo proclamas de solidaridad. Entre los grupos que desfilan bajo las banderas del UDN van el Partido Comunista Salvadoreño, la Juventud Comunista, la Asociación de Estudiantes Salvadoreños, el Frente de Acción Universitaria y una delegación de la Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños.

¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete! ¡Pueblo: únete!

(Francisco Andrés Escobar. En la línea de la muerte (La manifestación del 22 de enero de 1980). ECA, 1980, 375-6, 21-35).

relativamente sencillas, como asociar palabras, realizar ciertas operaciones aritméticas, o tratar de distinguir entre pesos y olores. Allport halló que, en general, la presencia de otras personas influía positivamente en las tareas, con la excepción de la solución de problemas y ciertos juicios. Por ello, Allport señaló que la presencia de los otros constituía un estímulo "facilitador" de la conducta, y calificó este influjo como una "facilitación social". Ciertamente, estos resultados parecían conformarse al modelo conductista propuesto por Watson para la psicología según el cual podía explicarse todo comportamiento como un encadenamiento de estímulos y respuestas, sin tener que profundizar en el interior inaccesible de las personas. Según Allport, la presencia de otros era un estímulo facilitador en la ejecución de las propias respuestas. El calificativo de "social" se debía a que el "estímulo facilitador" lo constituían otras personas. Todavía en la actualidad psicólogos sociales de orientación conductista consideran que la psicología social debe estudiar "las reacciones de un individuo a los estímulos socialmente relevantes" (Berkowitz, 1975, pág. 8). En este sentido, el influjo interpersonal sería un simple influjo externo, de orden casi mecánico.

En 1928, L. E. Travis repitió algunos de los experimentos de Allport, pero con sujetos tartamudos. Los resultados obtenidos fueron contrarios a los de Allport, es decir, las personas lograban un rendimiento mejor trabajando en solitario. En general, una de las características más interesantes en los experimentos sobre "facilitación social" es la aparente inconsistencia de los resultados. De hecho, la ejecución de ciertas respuestas motoras o de ciertas asociaciones suele mejorar con la presencia de otras personas, mientras que el aprendizaje de sílabas sin sentido, o ciertas tareas de memorización empeoran cuando se realizan en público.

Tratando de encontrar un principio que pudiera dar cuenta de unos y otros resultados, Robert B. Zajonc (1971, pág. 80) propuso en 1965 que "la presencia de espectadores facilita el emitir respuestas bien aprendidas, mientras que obstaculiza el aprender nuevas respuestas"; en otras palabras, "la presencia de espectadores facilita la ejecución y obstaculiza el aprendizaje". Según Zajonc, este efecto se explicaría porque la presencia de otras personas es un estimulante, que excita o activa al sujeto, el cual incrementará la emisión de la respuesta dominante a la situación en que se encuentra. Por tanto, si la respuesta dominante del sujeto es la respuesta correcta (como sucede en tareas bien aprendidas), obviamente mejorará la ejecución; pero si la respuesta dominante es una errónea (como sucede cuando aún no se ha aprendido a ejecutar un ejercicio o a desempeñar una tarea), la mayor excitación incrementará la emisión de respuestas erróneas.

La solución de Zajonc al problema de la facilitación social se basa en el modelo sobre aprendizaje de Hull (1943), según el cual el potencial

de reacción en un momento determinado depende de la interacción entre la fuerza del hábito y la pulsión:

$$E = f(D \times H) \quad E = \text{Potencial de reacción (energía)}$$

$$D = \text{Pulsión (drive)}$$

$$H = \text{Hábito}$$

Según Zajonc, la presencia de otras personas constituye una fuente de incremento pulsional para el individuo, pero como tal, se trata de una energización o activación genérica, que no determina de por sí una dirección específica de la conducta. En cada caso será la respuesta dominante la activada por el aumento pulsional, es decir, la "facilitada" socialmente.

A pesar de la aparente elegancia de esta conclusión, el problema sobre el efecto de la presencia de otros en el comportamiento de un individuo está lejos de haber sido zanjado definitivamente. Apenas tres años más tarde de que Zajonc propusiera su solución al problema, Nickolas B. Cottrell (1968, 1972) señalaba que la mera presencia física no parecía suficiente para explicar el fenómeno de la facilitación. Según Cottrell, el incremento pulsional es mediado por la conciencia del sujeto que se siente ansioso ante la eventualidad de que los presentes evalúen su comportamiento. El individuo experimenta esta "aprensión evaluativa" como la llama Cottrell, ya que la presencia de otros le lleva a anticipar las eventuales consecuencias negativas que su conducta le puede acarrear. En este sentido, la presencia de otros se convierte en una señal desencadenante de la anticipación temerosa.

En la misma línea de pensamiento, Henchy y Glass (1968) opinaron que el incremento pulsional es mediado por el temor de los individuos a ser juzgados. De ahí que si la audiencia no constituye una presencia evaluativa, la respuesta dominante no resulte significativamente "facilitada". Ahora bien, Weiss y Miller (1971) ampliaron este punto de vista al afirmar que la aprensión evaluativa sólo es efectiva cuando el sujeto espera o anticipa que la presencia de otros le va a acarrear resultados negativos.

Estos autores confirman en lo fundamental la solución de Zajonc y mantienen los supuestos del modelo de Hull. Sin embargo, plantean el problema a un nivel más complejo y, ciertamente, más realista o, si se quiere, más humano. Lo que se pone en cuestión es que la presencia de otras personas tenga un efecto de orden mecánico o automático sobre el comportamiento de un individuo. De hecho, dos aspectos parecen mediar el efecto de la presencia de otros: la conciencia de esa presencia, y su particular significación. Por un lado, parece evidente que la presencia de otros sólo puede afectar al sujeto cuando éste es consciente de esa presencia, a no ser que se quiera suponer la existencia de efluvios misteriosos o parapsicológicos. El mismo Zajonc (1972, pág. 8) indicó posteriormente que por lo general el individuo sólo se siente afectado por la presencia de otros cuando sale de un ambiente relativamente sereno y tiene que prestar atención al hecho de que hay espectadores o personas presentes.

Dicho de otra manera, el influjo de la presencia de los otros pasa por el filtro del propio individuo, que cae en la cuenta de esa presencia. Por otro lado, la conciencia siempre es una conciencia de algo; los otros presentes tienen una significación para el sujeto, quien valora positiva o negativamente esa presencia y anticipa las consecuencias buenas o malas que le puede acarrear. Así, la presencia de otras personas pondrá nerviso al individuo o le dejará tranquilo, le estimulará o le será indiferente, le agradará o le molestará.

Más recientemente, Zajonc ha retomado el tema y ha precisado su posición. Evidentemente, Zajonc (1980, págs. 41-2) reconoce que hablar de una "mera presencia" de otras personas constituye una abstracción que no existe en la realidad. En la vida, toda presencia tiene algún sentido, por mínimo que sea, y ese sentido es fuente principal de estimulación social. Sin embargo, Zajonc mantiene que hay efectos producidos por la presencia de los otros que no son atribuibles al sentido de esa presencia, sino al dato (abstracto, en el sentido de una variable experimental independiente) de la "mera" presencia, y que esos efectos consisten en un incremento pulsional no directivo en el individuo. Recientes revisiones del tema (Geen, 1980; Geen y Gange, 1977) han tendido a sustentar esta visión de Zajonc.

Con todo, la postura de Zajonc sigue siendo insatisfactoria, no porque se niegue el influjo activador sobre el sujeto de la presencia de otros, sino porque ese influjo se produce necesariamente en un contexto más amplio. El esquema de Zajonc despoja al proceso de relación o influjo social de su carácter específicamente social. Incluso en el caso de una mera presencia, es decir, en el caso de una presencia pasiva en la que no hay ningún otro tipo de acción interpersonal, el influjo que se produce es precisamente social porque ocurre a través del significado que unos sujetos tienen para otro. Más aún, si se acepta que la mera presencia es una abstracción que nunca tiene lugar en la realidad, es porque se reconoce también que la activación mutua de las personas se produce a través de la conciencia que las unas tengan de las otras, es decir, de las significaciones que las vinculan siempre sobre el supuesto de que no se da más que una presencia pasiva de los unos ante el otro. En este sentido, Richard Borden (1980) ha propuesto recientemente una modificación al esquema de la facilitación social, según el cual el sujeto interpreta activamente la situación de los otros presentes y trata de lograr la mejor evaluación posible de su propio comportamiento: Ahora bien, Borden insiste en que este esfuerzo por lograr una evaluación óptima será tanto mayor cuanto más importante o significativa socialmente considere el sujeto que es su acción.

Fuera del laboratorio, en la vida real, las cosas son todavía menos "puras", pero quizás más claras. El influjo interpersonal no es algo mecánico. La excitación de una persona por la presencia de otros no proviene únicamente del hecho de que se domine o no una acción o tarea;



quizá el dominio no sea ni siquiera la principal variable en juego. A un nivel más básico, influye en la excitación el tipo de tarea que se está realizando y la significación que para las personas presentes (el actor y los observadores) tiene esa tarea. La presencia de otros me influye de manera muy distinta si estoy realizando mis labores de aseo cotidianas, si voy a torturar a otra persona, si estoy representando una obra teatral o si estoy tratando de resolver un complicado problema de matemáticas. Obviamente, todas estas tareas suponen un aprendizaje por mi parte, pero, de una manera mucho más importante, estas tareas tienen un contenido de valor, una significación social, aparte de qué su producto tiene efectos muy distintos en mí mismo y en la sociedad en la que vivo. Toda tarea, aprendida o no, sea o no una "respuesta dominante", tiene una significación social que es resaltada, positiva o negativamente, por el hecho de que la sociedad se hace reduplicativamente presente a través de los otros.

Un guardia puede verse estimulado por la presencia de otros guardias para torturar a un prisionero (ver Carpio, 1979), pero se sentiría totalmente cohibido para realizar la misma operación delante de sus padres o de sus propios hijos. El otro, no es simplemente "una persona presente"; es un espectador, un crítico, un amigo, mi jefe, mi profesor o mi esposa.

El influjo interpersonal, es decir, aquello que constituye una acción como social y que estudia la psicología social, no es un proceso de simple conexión externa entre un estímulo y una respuesta ya constituidos. Se trata más bien de un elemento interno a la misma acción, que adquiere una significación transindividual en esa referencia a los otros, y mediante esa significación recibe un impulso estimulante o un impulso inhibitor. El problema fundamental sobre la "facilitación social" consiste en preguntarse qué es lo que se facilita y qué es lo que se dificulta en una determinada sociedad o grupo social en un determinado momento histórico y para una determinada persona. Sólo en segundo lugar interesa preguntarse cómo, a través de qué procesos y mecanismos concretos, este influjo tiene lugar.

Cuatro elementos son esenciales para que se dé un influjo interpersonal: un sujeto, los otros, una acción concreta y un sistema o red de significaciones propio de una sociedad o de un grupo social. Toda acción se realiza en la tela de este sistema de significaciones, que constituyen la interioridad del acto mismo más allá de su forma externa. Así, el influjo interpersonal, la relación del quehacer de una persona a otra persona, no es algo genérico o abstracto en la conducta, ni mucho menos algo sobreañadido a la acción ya constituida. Se trata, por el contrario, de algo bien concreto y algo constituyente. Concreto, ya que es esta o aquella relación con tal o cual persona o grupo en tal o cual situación. Por otro lado, se trata de algo intrínseco al acto —su significación—, que es como la imagen que el sujeto trata de actuar. Una acción humana no es una simple concatenación de movimientos, sino la puesta en ejecución de un sentido: torturar a un enemigo, o castigar a un subversivo, o darle una lección a este inundo comunista, o mostrar que soy muy macho y puedo hacer sentir mi superioridad a esta alimaña socialista.

La psicología social estudia pues al comportamiento humano en la medida en que es significado y valorado, y en esta significación y valoración vincula a la persona con una sociedad concreta. Se trata de encontrar las referencias concretas entre cada acción y cada sociedad. En definitiva, la psicología social es una ciencia bisagra, cuyo objetivo es mostrar la conexión entre dos estructuras: la estructura personal (la personalidad humana y su consiguiente quehacer concreto) y la estructura social (cada sociedad o grupo social específico). En otros términos, la psicología social pretende examinar la doble realidad de la persona en cuanto actuación y concreción de una sociedad, y de la sociedad en cuanto totalidad de personas y sus relaciones. La psicología social examina ese momento en que lo social se convierte en personal y lo personal en so-

cial, ya sea que ese momento tenga carácter individual o grupal, es decir, que la acción corresponda a un individuo o a todo un grupo.

A la luz de este análisis, podemos proponer una definición más significativa de la psicología social como el estudio científico de la acción en cuanto ideológica. Al decir ideológica, estamos expresando la misma idea de influjo o relación interpersonal, de juego de lo personal y social; pero estamos afirmando también que la acción es una síntesis de objetividad y subjetividad, de conocimiento y de valoración, no necesariamente consciente, es decir, que la acción está signada por unos contenidos valorados y referidos históricamente a una estructura social.

Puede sorprender esta definición, ya que el término ideología es usado de muy diferentes maneras para expresar realidades a veces muy distintas. En términos muy generales, hay dos concepciones fundamentales sobre la ideología: una de tipo funcionalista y otra de tipo marxista. La concepción funcionalista entiende la ideología como un conjunto coherente de ideas y valores que orienta y dirige la acción de una determinada sociedad y, por tanto, que cumple una función normativa respecto a la acción de los miembros de esa sociedad. La concepción marxista (que tiene sus raíces en Maquiavelo y Hegel) entiende la ideología como una falsa conciencia en la que se presenta una imagen que no corresponde a la realidad, a la que encubre y justifica a partir de los intereses de la clase social dominante.

Estas dos concepciones parten de presupuestos diferentes acerca de la sociedad y del ser humano. La visión funcionalista supone que la sociedad es un sistema coherente y unitario, regido por un esquema único de valores y normas, en el que el sujeto actúa principalmente como individuo. La visión marxista encuentra que la sociedad se configura por el conflicto entre grupos con intereses contrapuestos y que el individuo es fundamentalmente un representante de su clase social. La corriente del estructuralismo marxista, principalmente avanzada por Louis Althusser (1968), concibe la ideología como un sistema o estructura que se impone y actúa a través de los individuos, pero sin que los individuos configuren a su vez esa ideología. Se trata de una totalidad actuante pero sin sujeto propiamente dicho ya que, en la ideología así entendida, el sujeto actúa en la medida en que es actuado. "Los hombres viven sus acciones, referidas comúnmente por la tradición clásica a la libertad y a la 'conciencia', en la ideología, a través y por la ideología; en una palabra, que la relación 'vívida' de los hombres con el mundo, comprendida en ella la Historia (en la acción o inacción política), pasa por la ideología, más aun, es la ideología misma" (Althusser, 1968, pág. 193).

Lo interesante de este enfoque es que, así concebida, la ideología no es algo externo o añadido a la acción (individual o grupal). La ideología es un elemento esencial de la acción humana ya que la acción se constituye por referencia a una realidad significada y ese significado está dado por unos intereses sociales determinados. La ideología puede ser así vista

desde la totalidad de los intereses sociales que la generan, pero también en cuanto dota de sentido a la acción personal y, por consiguiente, en cuanto esquemas cognoscitivos y valorativos de las personas mismas. Estos esquemas son personales y es el individuo el que los actúa, pero su explicación adecuada no se encuentra en el individuo, sino en la sociedad de la que es miembro y en los grupos en los que el individuo echa raíces.

Ahora bien, el enfoque estructuralista de Althusser elimina en la práctica el papel del sujeto. Esto parece absurdo y más desde una perspectiva psicológica. El individuo actúa en el medio de la ideología, pero no se acaba en ella; dicho de otra manera, la persona no se reduce a la ideología a la que incluso puede trascender mediante una toma de conciencia. Así concebida, la ideología viene a ser como los presupuestos o "por supuestos" de la vida cotidiana en cada grupo social, supuestos triviales o esenciales para los intereses del grupo dominante. En la medida en que una acción es ideológica, dice referencia a una clase social y a unos intereses, es decir, está influida por unos intereses grupales respecto a los cuales adquiere sentido y significación social. No toda acción es, por supuesto, igualmente ideológica. Respirar, dormir o pasear no tienen el mismo carácter social que tomar la decisión de irse a la huelga, transmitir un rumor acerca de un golpe de estado o torturar a una persona.

Se ha afirmado que la ideología cumple una serie de funciones: ofrecer una interpretación de la realidad, suministrar esquemas prácticos de acción, justificar el orden social existente, legitimar ese orden como válido para todos, es decir, dar categoría de natural a lo que es simplemente histórico, ejercer en la práctica la relación de dominio existente y reproducir el sistema social establecido. Ahora bien, cabe preguntarse qué es lo que hay de psicológico en todas estas funciones. Dicho de otra manera: si la psicología social estudia la acción en cuanto ideológica y éstas son las funciones de la ideología ¿qué es lo psicológico en estas funciones? La respuesta es clara aunque su desarrollo lleva al desarrollo de toda la psicología social: en la ideología las fuerzas sociales se convierten en formas concretas de vivir, pensar y sentir de las personas, es decir, la objetividad social se convierte en subjetividad individual y, al actuarla, la persona se realiza como sujeto social. Bien analizado, un temario conservador de cualquier texto de psicología social actualmente en boga coincide parcialmente con las funciones de la ideología.

(a) Ante todo, el tema de la *percepción* trata de explicar las causas y mecanismos mediante los cuales se capta e interpreta la realidad, especialmente las relaciones interpersonales y los procesos de carácter social. Rara vez la psicología social profundiza este análisis en el sentido de examinar los procesos de justificación y legitimación cognoscitiva de esa realidad. Sin embargo, el complemento necesario del análisis de los mecanismos perceptivos es el análisis de las causas de esos mecanismos, y esas causas hay que buscarlas a nivel social, no simplemente individual. Si percibir es configurar de alguna manera la realidad, la psicología social

que estudia la percepción tiene que estudiar la ideología, es decir, las fuerzas sociales que llevan al individuo a captar de una u otra manera la realidad.

(b) Sea mediante el estudio de las *actitudes* o mediante el estudio de los *roles*, la psicología social intenta comprender, explicar y predecir los esquemas de acción de los individuos y grupos sociales, los mecanismos por los que se forman estos patrones de comportamiento, así como los fines y motivos que están a su base. No otra cosa pretende el análisis ideológico, que trata de descubrir los esquemas de acción brotados de los intereses de grupo a fin de ejercer normativamente el dominio social existente y reproducir el sistema establecido. Resulta interesante observar que pocas veces los psicólogos sociales pasan de observar la consistencia o inconsistencia de los esquemas actitudinales con respecto a la acción a analizar el porqué social de esa consistencia o inconsistencia, es decir, que pocas veces pasan del examen positivista de los procesos al examen de su sentido histórico.

(c) La psicología social contemporánea dedica mucha atención a los procesos de sumisión, obediencia y conformismo, de manera análoga a como la ideología se interesa por las formas de actuar el dominio social y reproducir el sistema establecido. Es significativo que la psicología social haya adoptado prioritariamente la perspectiva del dominador, mientras que apenas excepcionalmente ha contemplado el proceso desde la perspectiva del dominado —es decir, la desobediencia, el inconformismo y el cambio social (ver Moscovici, 1972).

Por tanto, incluso el temario de la psicología social más tradicional responde parcialmente al enfoque que centra su objeto en examinar la ideología y sus funciones, es decir, la acción humana en cuanto ideológica. En gran parte, la dispersión que hoy se da en la psicología social es debida a la carencia de un marco conceptual adecuado que permita unificar críticamente las diversas investigaciones y datos disponibles. Al proponer que la psicología social estudie la acción en cuanto ideológica se ofrece un marco teórico unificador que además, exige a la psicología social una profundización histórica y conceptual mucho mayor que la usualmente ofrecida.

Esta definición de la psicología social nos permite también descubrir el mayor fallo en los enfoques más corrientes: el olvido de los contenidos de la acción humana, su significación, en cuanto referidos a las fuentes de su producción y, por tanto, el determinismo configurador de esas fuentes sociales (ver Braunstein, 1975). Lamentablemente, muchos estudios de psicología social se contentan con verificar correlaciones y dependencias entre formas de conducta, sin analizar suficientemente la diferenciación radical aportada por sus contenidos y sus productos. Esta es la razón de que aquí optemos por hablar de "acción" y no de conducta. Una acción supone, ciertamente, una conducta, es decir, una respuesta externamente verificable (en el sentido conductista), pero supone tam-

bien una interioridad, es decir, un sentido y, sobre todo, un producto; toda acción consiste en un hacer, un producir o generar algo, y este producto afecta a la totalidad social (ver Sève, 1973).

Al examinar los casos de tortura, la toma de decisiones en un conflicto laboral o el quehacer cotidiano en un mesón entendemos la importancia de ir más allá de un esquema de estímulos y respuestas al estilo de la facilitación social. Los influjos sociales no son estimulaciones asépticas, sino impactos valorativos de acuerdo a la actividad e intereses en juego. Si la presencia real o imaginaria de otros excita o inhibe la acción del sujeto es porque de los demás proviene y se espera una valoración e incluso una reacción. Por tanto, no va a haber un influjo facilitador o inhibidor meramente formal y externo, sino un influjo concreto, que facilita o dificulta determinadas conductas, que potencia u obstaculiza determinadas actividades, de acuerdo con las exigencias del grupo social concreto en que se está. Un análisis como el de la facilitación social no es adecuado ni completo mientras no se discrimine la función ideológica, es decir, el determinismo selectivo que se ejerce sobre las acciones de las personas y grupos reales a partir de los intereses y valores sociales dominantes. Por otro lado, al tomar conciencia de la función ideológica, se siente por lo mismo la necesidad de ubicar cada proceso psicológico en la totalidad de los procesos sociales, desbordando la mera comprensión de los mecanismos parciales de la que está plagada la actual psicología social. Así, un problema como el de la facilitación social, sobre todo aplicado a procesos concretos como la tortura, la huelga o los rumores al interior de un mesón, adquiere significaciones muy diferentes cuando se le ubica en el contexto de problemas más amplios: el problema del desempleo, el problema de la disidencia política, el problema de la reproducción social de la fuerza laboral, el problema de la organización social, el problema de los conflictos y luchas de clase (ver Cuadro 1).

CUADRO 1
COMPARACION DE DEFINICIONES DE PSICOLOGIA SOCIAL

Objeto de estudio	Especificidad psicosocial
(1) La conducta Respuesta "Vacía" Es seguida por refuerzos	Interpersonal o influida por los otros influjo extrínseco a la acción misma los "otros" como seres abstractos genéricos supone una cierta continuidad en el influjo, una linealidad en el vínculo (claridad)
(2) La acción Actividad Sentido Culmina en un producto	En cuanto ideológica influjo intrínseco a la acción misma referencia a otros concretos históricamente, agrupados en clases mediante el ejercicio del poder supone que puede existir niveles de influjo aparentemente contradictorios, y que el vínculo real es ocultado por el vínculo aparente.

2. PERSPECTIVAS Y MODELOS.

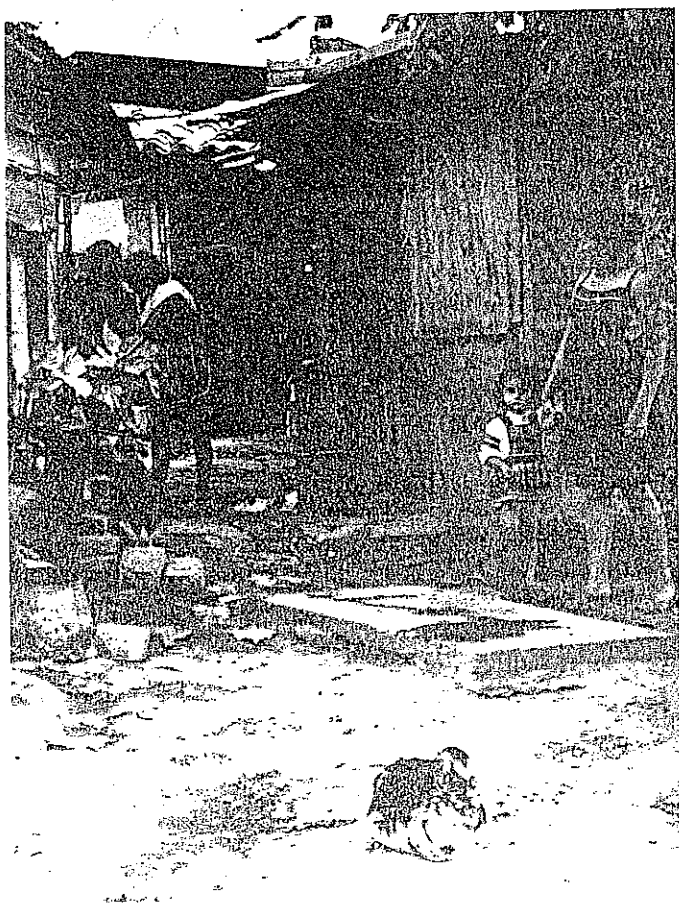
2. 1. Orientaciones en psicología social.

Precisamente porque la psicología social es una ciencia bisagra, a caballo entre lo que compete a la sociedad como tal y lo que es propio del individuo en cuanto persona, corre siempre el peligro de abandonar la tensión interdisciplinar y dejarse absorber por la dinámica de uno de los dos polos. En este sentido, ha habido y sigue habiendo una psicología social como ha habido y hay una sociología psicológica.Cuál sea el sustantivo y cuál el adjetivo en el nombre usado no es una arbitraria decisión lingüística, sino la expresión de una opción teórica.

La sociología psicológica es primero y fundamentalmente sociología y, por consiguiente, su unidad principal de análisis es de carácter colectivo; bien sea el sistema social o la acción en cuanto social (ver, por ejemplo, Parsons, 1968). Ciertamente, muchos temas que hoy constituyen capítulos obligados de la sociología son claros estudios de psicología

social, aunque no siempre son tratados desde la perspectiva de la sociología psicológica. Un ejemplo típico lo constituye el tema de la socialización.

La psicología social, por su lado, suele tender a ser psicología en sentido restringido y, por consiguiente, a tomar al individuo como la unidad central de análisis. Esto crea problemas principalmente cuando se estudian procesos grupales o fenómenos colectivos. Por otro lado, es raro encontrar en textos de psicología temas de sociología psicológica, a no ser en aspectos relacionados con variaciones culturales o raciales. El que aquí usemos como título genérico el de psicología social no presupone de parte nuestra una opción por la perspectiva más psicológica. Lo usamos sencillamente porque se ha impuesto de hecho como nombre común en ciencias sociales sea cual sea la perspectiva adoptada (ve Rosenberg y Turner, 1981).



La vida cotidiana en un mesón (ver Herrera y Martín-Baró, 1978) puede ser examinada desde ambas perspectivas. La sociología psicológica partiría probablemente del presupuesto de que el mesón es un sistema social, y examinaría el comportamiento de sus habitantes como roles regulados por una normatividad explícita o implícita. La perspectiva de psicología social examinaría el comportamiento de los individuos a partir de sus necesidades, su percepción y su conciencia de la situación y, por tanto, trataría de examinar los aspectos más importantes de la situación del mesón, así como los hábitos personales reforzados o castigados en el acontecer cotidiano.

En principio, las dos perspectivas son aceptables como punto de partida. Resulta perfectamente lícito y hasta enriquecedor el poder examinar un mismo fenómeno desde atalayas diversas, aun cuando las posibilidades de comprensión no sean las mismas en cada caso. El problema surge cuando la perspectiva pierde su carácter de relatividad y se absolutiza. Es el peligro del reduccionismo, psicológico o sociológico. De hecho, los psicólogos sociales suelen incurrir más frecuentemente en el reduccionismo psicológico o psicologismo que en el sociologismo.

Podríamos brevemente definir el psicologismo como aquella comprensión de los fenómenos y procesos sociales que los reduce y explica como la simple adición de procesos puramente psicológicos. Al igual que otros "ismos" el psicologismo se expresa por el empleo de la fórmula "no es más que" con la que se transforma una categoría (en este caso la social) en otra (aquí, de orden psicológico). Un ejemplo típico de reduccionismo psicologista se encuentra en Peter Homans (1967) quien afirma que cualquier proceso histórico y social puede ser explicado con las categorías y principios enunciados en el conductismo operante de Skinner.

El psicologismo es una de las tendencias culturales más acentuadas actualmente en los países capitalistas y sus zonas de influencia (ver Lasch, 1978). Ricardo Zúñiga (1976) señala tres graves errores psicologistas en los que suelen incurrir los psicólogos sociales al utilizar un análisis "centrado en las personas":

(a) La transformación del objeto de estudio. Al redefinir un problema o proceso social con variables psicológicas se produce una alteración esencial en el objeto de análisis. No es lo mismo hablar de cambio social que de cambio de actitudes, de ideología que de motivación, de alienación que de imágenes del yo.

(b) La abstracción de los problemas sociales analizados respecto a los procesos históricos concretos que los producen. "Un análisis centrado en la persona produce un sutil, pero significativo efecto de descontextualización y atemporalización, que encubre el juego de las fuerzas sociales en un momento histórico específico" (Zúñiga, 1976, pág. 36).

(c) En tercer lugar, el análisis centrado en la persona tiende a atribuir la causalidad de los hechos a los individuos y sus características, lo

que en el fondo es consecuencia de la ideología política liberal-burguesa. Los problemas sociales se convierten así en problemas de personas, y los problemas políticos en problemas de caracteres o personalidades. Se incurre en el personalismo a todos los niveles, tanto para el éxito como, sobre todo, para el fracaso. El problema es la "vagancia" de los campesinos, las tendencias paranoicas de los políticos o el carácter sociópata de los terroristas, y no los conflictos estructurales de fondo. De este modo las soluciones sociales y políticas recomendadas por este tipo de análisis tienden siempre a asumir como intocable el sistema social establecido y a estimular a los individuos a plegarse a sus exigencias.

El peligro del sociologismo es precisamente el opuesto, es decir, reducir todos los problemas a variables sociales, hasta el punto de que la persona "no es más que" una simple expresión de fuerzas estructurales o sistémicas. Este peligro se cierne claramente sobre aquellos autores influidos por Louis Althusser; por ejemplo, algunos análisis de Eliseo Verón sobre procesos comunicativos (Verón, 1972). Ya Wilhelm Reich (1974) reprochaba al movimiento socialista el no haber analizado suficientemente los factores personales y subjetivos en la conciencia de clase en el periodo del desarrollo fascista en Europa.

De acuerdo con la definición propuesta de psicología social, pretendemos acá adoptar una perspectiva dialéctica. El término dialéctica se ha vuelto en ocasiones un expediente para salir nominalmente del paso teórico, sin que en la práctica concreta de quienes se dicen dialécticos haya ninguna diferencia con quienes practican el psicologismo o, sobre todo, el sociologismo. Otros identifican dialéctica con interacción, lo que es una comprensión bien superficial. El método dialéctico tal como lo entendemos aquí, asume que el objeto se constituye precisamente por una mutua negación de polos, y que esto ocurre en un proceso histórico. En el caso concreto de la psicología social, aplicar el método dialéctico quiere decir que al estudiar los problemas se parte del presupuesto de que persona y sociedad no simplemente interactúan como algo constituido, sino que se constituyen mutuamente y, por consiguiente, que negándose uno y otro, se afirman como tales. El individuo es persona porque existe una sociedad (no individual) que le hace persona; pero la sociedad es sociedad porque existen individuos (negación de la sociedad) que la plasman y dan realidad. En la práctica, el método dialéctico va a significar que no podemos entender los procesos ideológicos de la persona sin atender como parte esencial a su estructuración social. En este sentido la acción humana es por naturaleza ideológica ya que está intrínsecamente configurada por las fuerzas sociales operantes en una determinada historia. La acción, cada acción concreta, simultáneamente plasma y configura ambas realidades, sociedad y persona, en un hacer que es al mismo tiempo hacerse y ser hecho (ver, también, Castilla del Pino, 1966, 1968).

La psicología social no puede abstraer su objeto de la historia, pues es la historia social concreta la que da sentido a la actividad humana en

cuanto ideológica. Esto no es lo mismo que afirmar que la psicología social es o deba ser simplemente historia (Gergen, 1973). Claro que de alguna manera lo que aquí se plantea es la concepción que se tenga sobre lo que deba ser una ciencia y la posibilidad de la psicología de ser científica en sentido restringido una vez que se acepta su necesaria referencia histórica. En todo caso, si la psicología social examina la acción en cuanto ideológica, no puede evitar (precisamente para ser científica) esta necesaria referencia a un contexto y situación concretas. En buena parte, la psicología social en uso consiste precisamente en la organización de "referencias" históricas de los distintos comportamientos sociales; sin embargo, las más de las veces estas referencias son desfiguradas convirtiéndolas en simples "condiciones" asépticas para que se produzca o no un proceso o para que una forma de comportamiento social aboque a uno u otro resultado (ver Holland, 1978).

Examinemos estas tres perspectivas con un ejemplo concreto. ¿Cómo analizarían el fenómeno de la tortura una psicología social sociologista, una psicologista y una dialéctica? Con el peligro de distorsionar los aportes de cientos de autores, intentemos aplicar a este caso algunos estudios bien conocidos.



Desde una perspectiva de corte sociologista, podría aplicarse al caso de la tortura una visión puramente sistémica: es la estructura de una determinada organización penal y la adopción de unos roles ya prefigurados lo que hace posible que una persona pueda atormentar físicamente a otra persona. El estudio de Philip Zimbardo (1973) sobre la fuerza condicionante del papel de carcelero podría ser extrapolado a la condición de torturador. Ciertamente, la forma en que un sujeto desempeñe su papel de carcelero o, para el caso, de torturador, puede depender en gran medida de las ideas que en un determinado grupo hay sobre lo que es ser carcelero o torturador (Banuazizi y Movahedi, 1975). Pero que el papel desempeñado al interior de una institución legitimada tiene una gran fuerza constriñente, incluso para forzar a acciones contrarias a los principios del sujeto, se puede deducir de los conocidos estudios de Stanley Milgram (1974). De los estudios tanto de Zimbardo como de Milgram podría sacarse la consecuencia de que la estructura institucional (a través de los mecanismos de normatividad de un rol y de obediencia legitimada) bastan para explicar el comportamiento de un torturador, sin que su personalidad, sus convicciones o su experiencia anterior alteren fundamentalmente este proceso. Por el contrario, algunas de las condiciones de los experimentos de Milgram (pérdida de la legitimidad institucional, fuertes principios éticos personales, etc.), así como la conciencia de las repercusiones a largo plazo en cosas fundamentales, y no simplemente una situación de laboratorio referida a aspectos relativamente transitorios o de poca importancia personal y social, llevarían a dudar de una fácil explicación de la tortura a nivel puramente sistémico.

Una explicación de orden psicologista trataría de encontrar en las características personales del torturador las razones de su comportamiento como tal. En otras palabras, no sería el rol el que crearía al sujeto y su comportamiento, sino que sería el sujeto el que de una u otra manera terminaría ocupando aquel rol que se adaptara a sus necesidades profundas y a las características de su personalidad. Esta ha sido la visión de algunos psicoanalistas, que han explicado la acción del torturador como un comportamiento de sujetos profundamente sádicos, y de sistemas sociales que generan "estructuras" como respuesta a estas necesidades destructivas de los individuos (ver Guiton, Bettelheim, y otros 1973).

Otro tipo de análisis, también de corte psicologista, se limita a analizar el cómo formal de la tortura (u otras formas de violencia abusiva), sin ver que el contenido mismo de la acción está esencialmente vinculado a determinadas fuerzas sociales. Este es, al menos parcialmente, el caso de los estudios sobre la "víctima inocente", que muestran la necesidad del torturador de devaluar a su víctima y así acallar los posibles reclamos de su conciencia (ver, por ejemplo, Lerner y Simmons, 1966).

Un enfoque dialéctico tendría que examinar el problema de la tortura como un proceso interpersonal al interior de una determinada estructura sociopolítica. El análisis de S. Milgram (1980) sería parcialmente

aplicable, en la medida en que se enfatizara más el papel de la persona concreta, su conciencia ética y política, así como las características específicas de la situación que desencadena la tortura —no las características de la situación como dato inmediato (es decir, la habitación de la tortura, la cercanía de torturador y torturado, etc.), sino las características del grupo en el poder y sus necesidades de llegar a la tortura como instrumento de control social. Algunos de los análisis sobre los procedimientos utilizados en los hospitales psiquiátricos podrían ofrecer un inmediato paralelo de cómo analizar dialécticamente el fenómeno de la tortura (ver Basaglia, 1972; Berlinguer, 1972).

2.2. Una visión histórica de la psicología social.

Entendida en su forma más amplia como el estudio de las relaciones entre el individuo y la sociedad, la psicología social ha sido un tema de larga tradición filosófica. El hecho de que los análisis fueran elaborados especulativa y no empíricamente, no quita valor ni a las conclusiones a las que los filósofos fueron llegando ni a las observaciones en que buscaban apoyo para su especular ni menos a las preguntas que originaban su reflexión. No deja de sorprender penosamente el que, tras haber despreciado una larga y rica tradición de filosofía psicológica, algunos psicólogos (sociales y generales) lleguen con dificultad a conclusiones mucho mejor formuladas en tiempos pasados por la filosofía (ver Chateau y otros, 1979). Cuando esta confluencia añade el enriquecimiento empírico a la conclusión especulativa, la ignorancia real o funcional queda de algún modo justificada. Por desgracia éste no es el caso las más de las veces y tras rechazar la "metafísica" teórica, se nos ofrecen pobres recetas de filosofía casera bajo la apariencia de sofisticados productos de laboratorio.

Aunque no es éste el lugar para recuperar explícitamente la tradición filosófica de psicología social (ver Lana, 1969), es necesario mencionar al menos algunos autores cuyos planteamientos siguen vivos de una forma u otra en la reflexión contemporánea sobre la acción social de los seres humanos. Una de las tradiciones de pensamiento más rico sobre la relación entre hombres y sociedad comienza con los clásicos griegos. Sócrates, por ejemplo, insistía en la importancia de analizar la acción de las personas referida a su circunstancia concreta. Un individuo separado de su medio es una abstracción, algo irreal. Más aún, "lo que una persona es sólo explica parcialmente lo que esa persona hace. Nadie puede resistir las fuerzas de su medio ambiente. O el hombre conquista al mundo o el mundo le conquista a él" (Collingwood, 1956, pág., 40).

Platón desarrolla esta visión socrática cuando, al esbozar la estructura de su República (que no es concebida como la forma absoluta de un estado ideal, sino como la mejor forma de estado en un período de crisis social), asigna diferentes tipos de personas a diversas funciones en el sis-

tema social. El hombre necesita de la estructura social; pero qué clase de sociedad se llegue a formar depende del tipo y carácter de los hombres que la rigen. De ahí que el problema nuclear de una sociedad sea el de la educación. El ser humano es perfectamente maleable, y es función del educador forjar al ciudadano (socializarle, se diría hoy) proporcionándole ese saber moral conocido como sentido común. El fracaso de esta tarea produce hombres asociales o antisociales, es decir, "idiotas". El idiota (que en griego significa hombre privado o particular, profano) es el individuo aislado "puesto que carece de la atadura interna, interpretada como un 'saber', al sistema de normas de la sociedad en cuyo seno vive" (Hofstadter, 1966, pág. 36).

Frente al relativo optimismo de Platón respecto a la maleabilidad social del ser humano, Nicolás Maquiavelo piensa que la naturaleza humana es mucho más fija y que los hombres se guían por los mismos motivos y las mismas pasiones, principalmente el ansia de poder y el ansia de seguridad. Como todos tratan de satisfacer sus deseos, las leyes no bastan para regular la convivencia social y los jefes políticos tienen que acudir a la fuerza y a la violencia. Aunque separados por muchos siglos, es interesante subrayar que tanto Platón como Maquiavelo enfrentan momentos de grave crisis política en sus respectivas sociedades. Sin embargo, proponen soluciones muy diversas a la pregunta de cómo integrar al individuo en la sociedad. Mientras Platón piensa que el individuo puede llegar a interiorizar la ley que lo vincula a los demás y así actuar moralmente por convicción personal, Maquiavelo piensa que, en última instancia, el hombre sólo se pliega a la ley común por el medio o la coacción física impuesta por la autoridad.

Tomás Hobbes llega un siglo más tarde a una conclusión parecida. Para Hobbes el hombre es antisocial por naturaleza y, como todos los hombres tienen las mismas apetencias, cada semejante es un rival, un lobo para los demás (*homo homini lupus*), contra el que hay que luchar en una guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*). Por ello, la única forma de convivir sin destruir unos a otros es mediante un pacto o contrato social que regule de alguna manera la satisfacción básica de las necesidades de todos. Este contrato social sólo puede ser preservado por una autoridad fuerte, sea el estado o un soberano absoluto: Leviatán. Leviatán es así el poder común de la sociedad, surgido de la renuncia de cada individuo a sus tendencias de aniquilar a los demás miembros de la sociedad.

Es interesante que, un siglo después, Juan Jacobo Rousseau postula también la necesidad de un contrato social, pero a partir de unas premisas diferentes. Para Rousseau, el hombre es fundamentalmente bueno (el mito de "buen salvaje"), pero la sociedad corrompe sus sentimientos bondadosos al tiempo que induce la emergencia de la razón y de la conciencia. A fin de hacer posible el que los hombres desarrollen en común sus mejores potencialidades, hace falta establecer un contrato social, por

el que los individuos renuncian a actuar de una forma egoísta y aceptan respetar los derechos de los demás. Mediante este contrato social los hombres se vinculan a una sociedad concreta, en la que el control ejercido por las leyes de la voluntad general hace precisamente posible la libertad de cada persona.

Para Karl Marx (Marx y Engels, 1848/1969) la idea de un contrato social es una ficción engañosa que oculta la verdadera relación de fuerzas existentes en una sociedad concreta. Lo que hay son grupos con intereses contrapuestos, una sociedad escindida por el conflicto no entre las apetencias de los individuos como tales, sino de los individuos en cuanto miembros de diversas clases sociales. No hay una ley surgida por el consenso mayoritario, sino una ley impuesta por la clase dominante que canaliza sus intereses, ejecuta su control y reproduce su situación de dominio social. Los hombres son forjados por aquellas fuerzas que actúan sobre el punto en el que se insertan socialmente, principalmente el entorno de su propia clase social. Los hombres llevan interiorizada esa norma social que responde a los intereses de la clase dominante, se imponen como una estructura no consciente y guía el proceso de alienación y deshumanización de las personas.

Mientras para unos autores el individuo y sus necesidades determinan en última instancia lo que ha de ser la sociedad, para otros es la sociedad la que determina lo que el hombre concreto va a ser. Por tanto, mientras para unos qué sea la sociedad hay que entenderlo desde la óptica de lo que es el individuo, para otros qué sea el individuo sólo se puede entender desde la óptica de lo que es cada sociedad histórica. En definitiva, la misma dualidad de perspectivas que encontramos en la psicología social contemporánea ha dividido a los filósofos en su reflexión sobre las relaciones entre individuo y sociedad. Sin embargo, entre la filosofía tradicional y la moderna psicología social hay también diferencias importantes. Cuatro hechos históricos son necesarios para comprender estas diferencias y el nacimiento de la psicología social así como de las ciencias sociales en su acepción moderna: una mayor conciencia sobre las diferencias entre los grupos humanos, una concepción secularizada del ser humano, la revolución industrial y el desarrollo de una nueva metodología.

Sería ingenuo pensar que sólo el hombre moderno ha tomado conciencia de las diferencias existentes entre los diversos grupos humanos. Desde antiguo los pueblos han viajado y emigrado de un lugar a otro y han observado la diversidad de lenguas, razas, costumbres y estilos de vida. El bello mito de la torre de Babel expresa literaria y teológicamente la conciencia de esta diversidad de pueblos y los problemas que de ahí se pueden seguir. A pesar de todo, sólo modernamente este hecho se ha convertido en un cuestionamiento sobre la naturaleza humana. Al conquistador ibérico le costaba aceptar que el indígena tuviera alma, es decir, fuera humano como él. Y cuando al fin aceptó su humanidad, no se le ocurrió extender esta generosa concesión mental a los esclavos negros

Por supuesto que se trataba de una visión etnocéntrica, muy enraizada en los intereses materiales de la conquista. Pero el hecho es que ésa era la concepción generalizada entre los cultos pueblos europeos.

En el período romántico, la diferencia recibe carta de ciudadanía humana. Cuando Rousseau proyecta su imagen del "buen salvaje", del hombre no corrompido por la sociedad egoísta, de alguna manera está señalando la potencialidad humana de formas distintas. La búsqueda romántica del misterio, la pureza y lo natural, entendido todo ello en un sentido de incontaminación social, logra que las diferencias entre los pueblos adquieran el grado de pregunta antropológica. A ello contribuyen también los numerosos viajes y las exóticas narraciones de tierras extrañas que florecen en Europa durante ese período. Finalmente, los continuos conflictos entre los pueblos europeos así como el surgimiento de nuevas unidades políticas acrecienta la conciencia inmediata sobre las diferencias culturales y raciales de los diversos grupos que, por primera vez, se sienten "nacionales", es decir miembros de una "nación".

Por el mismo tiempo —mediados del siglo XIX— la idea sobre la evolución de las especies empieza a ser aceptada en los medios intelectuales. Si las teorías evolucionistas eran correctas, quería decir que el hombre no era un ser absoluto e inmodificable, sino que era un animal entre otros (aunque fuera sobre ellos) y, como tal, sujeto a los influjos y presiones del medio ambiente. Para la psicología social tiene una especial importancia el pensamiento de Herbert Spencer, no sólo como expositor brillante de las ideas evolucionistas, sino porque aplicó estas ideas al ser social, al que comparó con un organismo viviente (Spencer, 1972). De hecho, la mayoría de los principios del moderno funcionalismo en las ciencias sociales se encuentran ya formulados en los escritos de Spencer.

Si el conocimiento sobre las diferencias humanas en tiempos anteriores no se había convertido en cuestión filosófica se debía en parte a una antropología teocéntrica, cristiana o no. Ciertamente, había diferencias entre los seres humanos, pero eran diferencias producidas directamente por Dios. Así, el hecho de la diversidad humana no planteaba una cuestión histórica y social, sino que se remitía al misterio insondable de Dios y su infinita providencia.

Pero la sociedad moderna poco a poco abandonó el teocentrismo. Las preguntas humanas tenían que ser respondidas en términos humanos, es decir, con respuestas comprensibles a la inteligencia de los hombres. En parte la visión secularizada del ser humano encontró un camino en el enfoque positivista que, junto con la creencia en la posibilidad de un progreso sin fin, forjó la ilusión de que las ciencias podrían responder cualquier pregunta y resolver cualquier problema. Ya no se podía remitir el hecho de las diferencias entre pueblos al misterio divino; había que explicarlas en términos humanos. Más aún, probablemente la filosofía no era el instrumento adecuado para resolver esta cuestión; la ciencia, en un sentido positivista, tendría que asumir la tarea.

Un tercer factor crucial para el nacimiento de las ciencias sociales fue la revolución industrial del capitalismo. El proceso de industrialización conmovió hasta sus raíces todo el orden social occidental, juntando verdaderos rebaños de seres humanos en condiciones de gran miseria, movilizandolos poblaciones enteras, minando todo tipo de estructura comunal o familiar, y alterando profundamente costumbres, tradiciones y hábitos de comportamiento (Castells, 1976). De hecho la revolución industrial produjo una nueva forma de organización social, en la que los individuos eran simples números al servicio de un sistema productivo insaciable y en la que la explotación humana y los contrastes sociales (que, por supuesto, siempre habían sido grandes) adquirieron nuevas dimensiones exasperantes.

La conmoción radical producida por la revolución industrial planteaba con más urgencia que nunca la cuestión de si era posible mantener unida la sociedad humana. Las relaciones entre individuos y grupos —tanto al nivel macrogrupal de la ciudad como al nivel microgrupal de la familia— ya no podían desarrollarse por cauces tradicionales y el sistema de producción capitalista imperante no posibilitaba de hecho la formación de nuevos cauces adecuados. De hecho, se ha afirmado (Asplund, Dreier, y Morch, 1975) que la psicología social surgió y se desarrolló como una disciplina especial cuando la separación de los individuos con respecto a la sociedad se volvió problemática en un momento de la evolución del sistema capitalista, especialmente al transformarse en capitalismo monopolístico (ver también Israel, 1979).

La revolución industrial fue posible, al menos en parte, debido al progreso tecnológico. La máquina de vapor representa como la partera técnica de la revolución industrial.

La tecnología capacitó a las sociedades occidentales para enfrentar nuevos problemas de una manera práctica y para resolverlos también empíricamente. De ese modo, la tecnología daba cauce a la aplicación de las ciencias a los problemas cotidianos e incluso permitía una comprensión nueva de problemas viejos. Frente a la tradicional visión aristotélica, el conocimiento técnico empezó a considerarse como superior al mismo razonamiento.

La tecnología no consistía en un simple canal pragmático de la ciencia, sino que representaba un nuevo enfoque metodológico en la sempiterna tarea de resolver los problemas humanos. Fue precisamente esta nueva metodología la que hizo posible que los estudios sociales adquirieran aquella consistencia formal que los hacía candidatos al grado de científicos, al menos en la aceptación positivista en boga. Ciertamente, las ciencias sociales adquirieron unas herramientas de trabajo que les permitió enfrentar con alguna confianza (quizás un tanto ingenua) cuestiones sociales tanto antiguas como nuevas. Las que hasta entonces habían sido ramas peculiares del gran árbol de la filosofía, empezaron a actuar con una creciente independencia y a reclamar una autonomía que

prometía frutos maravillosos. Fuera lo que fuera de estas pretensiones y sus resultados finales, lo cierto es que una nueva metodología, requerida y promovida por los avances tecnológicos, permitió a los científicos sociales formular importantes preguntas antropológicas a niveles diferentes del meramente filosófico.

Posiblemente se podrían señalar otros antecedentes históricos de las ciencias sociales además de los cuatro aquí indicados. Sin embargo, estos cuatro hechos —la nueva conciencia sobre la diversidad humana, la concepción secularizada del hombre, la revolución industrial capitalista y un nuevo enfoque metodológico— constituyen los factores cruciales para la aparición de la moderna ciencia social y, por supuesto, de la psicología social. No es que estos cuatro hechos constituyan cuatro causas distintas por sí mismas; se trata de su conjunción en un momento histórico dado (la segunda mitad de siglo XIX) la que, junto con otros factores, hace posible el surgimiento de las ciencias sociales en su acepción actual.

No es arriesgado situar los orígenes de la moderna psicología social a finales del siglo XIX. De hecho, los primeros libros con el título de *Psicología social* aparecen en 1908. Sus autores, William McDougall y Edmund A. Ross, son dos académicos norteamericanos que muestran ya en embrión la posibilidad de poner el énfasis en lo psicológico (McDougall) o en lo social (Ross). En buena medida, el texto de McDougall sería considerado hoy como un texto de psicología general más que de psicología social. McDougall mantiene que todos los hombres nacen con las mismas tendencias innatas o instintos y que es tarea de la psicología social analizar cómo la sociedad va "moralizando" al individuo, es decir, cómo va configurando las tendencias egoístas de la persona en tendencias socializadas. Por su parte, Ross afirma que la psicología social debe estudiar la interacción entre los seres humanos, principalmente los procesos a través de los cuales unos seres influyen a los demás, para diferenciar entre las influencias racionales y constructivas y los influjos irracionales y socialmente desintegradores. De ahí que Ross, con un prejuicio muy común a los sociólogos de su tiempo, se muestre enemigo —al menos teórico— de la vida urbana, en la que los individuos se verían afectados por todo tipo de influjos masificadores e irracionales.

A fin de abarcar significativamente la evolución de la psicología social contemporánea, podemos sintetizar su historia en tres periodos correspondientes a tres preguntas o perspectivas fundamentales: (1) ¿qué nos mantiene unidos en el orden social establecido?; (2) ¿qué nos integra al orden establecido?; y (3) ¿qué nos libera del desorden establecido? Por supuesto, no se trata de tres periodos sucesivos, sino de tres enfoques fundamentales que toman cuerpo en un momento y en unas circunstancias históricas determinadas, pero que permanecen junto a los otros como alternativa académica.

(1) Primer periodo.

El primer periodo corresponde a la pregunta primigenia en las ciencias sociales acerca de qué es lo que nos mantiene unidos en una sociedad y, más específicamente, en un determinado orden social. Como pregunta para la moderna psicología social, surge en Europa ante la profunda crisis social desencadenada por el proceso de industrialización capitalista. Es una pregunta de tipo funcional que se plantea desde una perspectiva filosófica y que exige ser respondida como parte de una visión antropológica global.

En general, la respuesta va a consistir en alguna variante sobre el tema central de la "mente de grupo": de una u otra forma, todos los miembros de una misma sociedad participan de algo común, algo que no es material sino espiritual, y que los mantiene unidos más allá de las diferencias e intereses individuales.

Este tipo de respuesta se encuentra ya en Wilhelm Wundt, a quien la psicología experimental reconoce como fundador y a quien sus muchas inquietudes intelectuales le llevaron a escribir una voluminosa "psicología de los pueblos".

Para Wundt (1904/1926), la psicología popular consiste en aquellos productos mentales creados por una comunidad humana que no se pueden reducir a la conciencia individual, sino que presuponen la acción recíproca de muchos individuos. Esta acción recíproca es histórica y, por consiguiente, la psicología de los pueblos tiene una génesis que en cada caso dependerá de condiciones particulares. Serían estos productos de la interacción colectiva los que van dando carácter a un pueblo y mantienen a sus miembros vinculados entre sí.

La respuesta que da Emile Durkheim (1985/1964) es bastante similar: una sociedad mantiene su unidad debido a la existencia de una conciencia colectiva. La conciencia colectiva consiste en un saber normativo, común a los miembros de una sociedad e irreductible a la conciencia de los individuos, ya que constituye un hecho social. Como tal, no sólo es un fenómeno colectivo, sino que trasciende a los individuos a los que se impone desde fuera como una fuerza coactiva.

En tanto Durkheim se esfuerza por dejar en claro el carácter social de la conciencia colectiva, Max Weber (1904/1969, 1925/1964) subraya su naturaleza psicológica. Para Weber, los intereses objetivos de un grupo social actúan en los individuos mediante la ideología que traduce esos intereses en valores y objetivos existenciales. El caso clásico y bien conocido es el de la ética protestante, que sirve para operativizar la dinámica del incipiente capitalismo europeo haciendo de los intereses burgueses principios religiosos de salvación individual.

En la misma línea de pensamiento cabe situar la visión psicoanalítica. Según Freud (1921/1972), lo que mantiene unidos a los miembros de una misma sociedad o grupo son los lazos afectivos que los

vinculan a un mismo dirigente o líder en un proceso de identificación colectiva. En la medida en que el objeto de la identificación de todos los individuos es uno mismo, hay entre ellos una comunidad de lazos afectivos que los mantiene unidos. De ahí la importancia que el psicoanálisis concede a la cabeza política como punto esencial en el que reposa la solidez de las estructuras sociales.

En conjunto, esa línea de pensamiento psicosocial presupone el dato de la sociedad como un todo común y unitario, al que la evolución de los procesos históricos parece poner en peligro. El problema fundamental consiste entonces en compaginar las necesidades del individuo con las necesidades del todo social, y para ello examinar los vínculos entre la estructura social y la estructura de la personalidad. Este tipo de enfoque perdurará hasta nuestros días en la mayoría de los estudios sobre la cultura y la personalidad que postulan una "personalidad de base" (Kardiner, 1939/1955; Dufrenne, 1959), un "carácter social" (Fromm, 1966) u otra estructura común a los miembros de una sociedad, como la "motivación de logro" (McClelland, 1968).

(2) Segundo período.

El segundo período en la historia contemporánea de la psicología social surge con la americanización de la psicología y, en general, de las ciencias sociales, cuyos centros rectores pasan de Europa a Estados Unidos. Este segundo período puede encuadrarse bajo la pregunta sobre qué integra a las personas en el orden social establecido y representa una sutil transformación de la pregunta del primer período llevada al terreno de las conveniencias pragmáticas de los grupos sociales en el poder.

Si el primer período de la psicología social suponía como real la unidad de la sociedad como un todo homogéneo, este segundo período da un paso más y asume la incuestionabilidad del orden social bajo el que el todo social se encuentra. La pregunta funcional primera de qué es lo que mantiene unidos a los miembros de una sociedad se transforma en una pregunta sobre qué hay que hacer para que cualquier individuo o grupo se integre armoniosamente en el orden social dado. No se trata, por tanto, de examinar qué función pueda cumplir determinado individuo o determinado grupo al interior de una sociedad dada; se trata de ver cuáles son las necesidades del orden social establecido, cuáles los requisitos para su supervivencia, a fin de ayudar a los individuos y grupos a satisfacer esas necesidades y requisitos adaptándose a las formas existentes de vida.

Sin duda alguna, esta reorientación de la psicología social corresponde muy estrechamente a su americanización. El que los dos primeros textos con el título de "psicología social" fueran elaborados por académicos norteamericanos (aunque McDougall era de origen inglés) es un índice de que ya desde comienzos del presente siglo los Estados Unidos empiezan a tomar su dirección, hasta el punto de que lo que hoy se suele



conocer como psicología social constituye casi en su totalidad un producto típicamente norteamericano.

A comienzos del siglo, los Estados Unidos enfrentaban dos grandes problemas sociales; por un lado, la integración de muchos y muy diversos grupos de inmigrantes; por otro lado, las crecientes exigencias del capitalismo industrial y las presiones que esas exigencias imponían a la vida social y comunitaria.

La avalancha de grupos con lenguas, creencias, tradiciones y formas de vida muy diferentes planteaba problemas inmensos a la convivencia norteamericana, en el sentido de lograr un esquema común lo suficientemente flexible como para poder asimilar valores y modalidades humanas muy diferentes, pero lo suficientemente unitario como para que la división no impidiera el progreso social. A los norteamericanos les gustó pensar que su sociedad fue y sigue siendo una "mezcladora" (*melting pot*), aunque hoy ya no estén tan seguros de que ése fuera el ideal y de que en el proceso no hayan perdido una gran riqueza de tradiciones y diversidades culturales. El hecho es que, en el momento de la avalancha inmigratoria, la exigencia inmediata era la de integrar a los recién llegados al orden y sistema establecidos, la de adaptarlos a la cultura y estilo de vida dominantes, es decir, el aculturamiento primero, la socialización después. Así, la

psicología social constituía un eventual instrumento de gran valor en esta tarea integradora del individuo al orden imperante.

Junto al problema de la integración de grupos nuevos a la sociedad norteamericana, los Estados Unidos se encontraban también con el problema de las exigencias que el proceso de acelerada industrialización imponía a la vida social. Si los orígenes de la industrialización contribuyeron a la aparición de las ciencias sociales, en Estados Unidos el aceleramiento y volumen de este proceso planteó problemas muy críticos tanto a los individuos como a las comunidades de vida que obligó a las ciencias sociales a afirmarse dando respuestas prontas y prácticas. La búsqueda del máximo beneficio llevaba también a perseguir un máximo de eficiencia, y a ello podía contribuir eficazmente la psicología social, tanto determinando los individuos más adecuados para las tareas requeridas (procesos de selección) como ayudando a los individuos a adaptarse a las exigencias y condiciones de esas tareas (procesos de formación, mediación de conflictos, "relaciones humanas").

Estas necesidades sociales de los Estados Unidos determinan muy esencialmente el particular enfoque y desarrollo de la psicología social durante su segundo período. Desaparece, incluso por opción consciente, cualquier residuo de justificación o preocupación filosófica, tan típica de la psicología europea, y se busca preponderantemente el suministrar respuestas prácticas a los problemas concretos planteados por la estructura social dominante. La teoría es en buena parte relegada al ámbito de la metafísica, que pasa a ser un término despectivo en el gremio de los psicólogos. El producto prototípico de esta concepción pragmática en psicología (aunque todavía no específicamente en psicología social) lo constituye la obra de John B. Watson (1925/1972). Watson dictamina que para que la psicología llegue al nivel científico, debe despojarse de todo lastre filosófico y metafísico y adoptar con rigor los métodos de las ciencias físico-químicas. Ahora bien, esta reducción metodológica trae como consecuencia una drástica reducción del objeto de la psicología, de ese modo limitada a estudiar la "conducta", entendida única y exclusivamente como las respuestas o movimientos externamente observables de un organismo. Watson no niega la existencia de la subjetividad y de la interioridad de las personas, las intenciones buscadas o el sentido puesto a los actos; pero opta por ignorar todos estos aspectos como algo individual que son y, por tanto, inútil para la ciencia como tal.

Floyd Allport (1924) se encarga de trasladar a la psicología social el enfoque conductista propugnado por Watson. Allport, al que muchos consideran el padre de la moderna psicología social experimental, plantea con toda claridad que su trabajo se basa en el enfoque conductista y en el método experimental, lo que le lleva a reducir la psicología social a una psicología individual: "No hay psicología de los grupos que no sea esencial y completamente una psicología de los individuos" (1924, pág. 4) y, por consiguiente, "la conciencia y la conducta colectivas son simplemente la suma de los estados y reacciones de los individuos" (pág.

6). Según Allport, la única diferencia entre la psicología social y una psicología estrictamente individual consiste en que aquella estudia la conducta de los individuos en cuanto estimulada por otros individuos. La diferencia, por tanto, no está en la naturaleza de la conducta o respuesta misma, sino en el tipo de estímulo.

Con Allport aparece ya con toda claridad el carácter de la psicología social norteamericana: la pretensión científica conduce a un reduccionismo radical, en el que lo eliminado es precisamente lo social en cuanto tal, mientras que la búsqueda de respuestas pragmáticas a los problemas de la sociedad yanqui lleva a concentrarse en fenómenos microsociales o situaciones individuales, prescindiendo del contexto social más amplio. El resultado es una psicología social positivista, inconsciente cuando no ignorante de sus propios presupuestos, ciega al carácter histórico de los procesos humanos y, por consiguiente, con tendencia a elevar al rango de universal elementos o procesos circunstanciales o rasgos propios de ciertos medios específicamente norteamericanos. En buena medida, la proyección de psicología social que Skinner plasma en su "Walden dos" (1976), donde describe lo que, según los presupuestos conductistas, sería una sociedad utópica, refleja caricaturescamente el mecanismo y la ideologización que impregna la mayor parte del trabajo psicosocial de este período.

La Segunda Guerra Mundial ofrece la oportunidad para que esta psicología social de corte norteamericano despliegue todas sus potencialidades, tanto para bien como para mal. Como muestra de este desarrollo vinculado a las necesidades y exigencias de la guerra mundial, tres áreas aparecen particularmente significativas: el estudio de los fenómenos grupales, sobre todo en lo concerniente a las relaciones del individuo con los grupos pequeños y a las relaciones interindividuales al interior de los pequeños grupos; el análisis de los procesos de formación y cambio de actitudes; y el estudio de la personalidad en cuanto reflejo y motor, al mismo tiempo, del carácter de una sociedad.

El estudio de los grupos era particularmente atractivo para los norteamericanos precisamente por su interés en la integración de diversos grupos étnicos en una sola y misma sociedad. La guerra planteaba problemas muy particulares sobre la integración de los individuos en las unidades militares y las consecuencias que las relaciones al interior de esos grupos militares tenían en su actuación y eficiencia. Esta misma pregunta sobre integración grupal y eficiencia se la habían formulado repetidas veces en el área industrial, de modo que había una convergencia de intereses que potenció el estudio de los primeros grupos.

Desde una perspectiva psicoanalítica, J.L. Moreno (1962) ya ponía en 1934 los fundamentos teóricos de la "sociometría", con la que trataba de sacar a la luz la complejidad de estructuras informales de orden afectivo escondidas bajo la aparente unidad de un grupo social; por su lado, Muzafer Sherif (1936) mostraba experimentalmente el origen de aquellas

ismas normas sociales que, como Durkheim había indicado, el individuo experimenta posteriormente como externas y obligatorias.

Con todo, fue el particular genio y liderazgo de un alemán emigrado a Estados Unidos, Kurt Lewin, el que dio nombre e identidad definitiva al estudio de los grupos, orientando la atención de los investigadores a las fuerzas que configuran la estructura y carácter de un grupo en manera similar a como los físicos habían dirigido la atención hacia las que configuran la estructura y carácter de la materia (ver Lippit, 1969; Deutsch y Krauss, 1970). Desde 1945, Lewin dirigió un programa de investigación sobre la dinámica de los grupos pequeños que tuvo una gran importancia teórica y empírica. Lewin no sólo desarrolló un rico arsenal de conceptos, principios y datos empíricos, sino que supo generar un notable entusiasmo entre sus discípulos quienes han continuado su trabajo y prolongado su visión hasta el presente.

En forma paralela y desde una perspectiva más sociológica, un equipo de investigadores encabezado por S. Stouffer (Stouffer y otros, 1949) estudiaba los problemas del individuo al interior del ejército, su adaptación y eficiencia, sus motivaciones y frustraciones. De estas investigaciones seminales, Merton y Rossi (1968) elaborarían una teoría sobre los grupos de referencia, como marco de normas y valores que el individuo utiliza para orientar su comportamiento y la evolución de sus actitudes sociales.

Los modelos y datos acerca de los grupos empezaron a abundar (ver Cartwright y Zander, 1971; Shaw, 1980). Sin embargo, todo el área de la dinámica de grupos ponía de manifiesto dos gravísimas limitaciones que condicionaron negativamente su desarrollo. Por un lado, el paralelo con las ciencias físico-químicas, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista metodológico, llevó a la reducción factual del estudio de los grupos al estudio de los grupos pequeños, las más de las veces con el supuesto implícito de que, con pequeñas variantes, los grupos grandes eran una ampliación de los grupos pequeños y las macroestructuras sociales reproducían a gran escala las microestructuras grupales. Por otro lado, el haber adoptado desde el principio (aunque no necesariamente de una forma consciente) la perspectiva del poder establecido, social, industrial o militar, llevó a concebir la dinámica de grupos como las fuerzas y procesos que producían la integración de los individuos en los grupos, y no como las fuerzas y procesos que podían llevar a los individuos a cambiar los grupos o a unos grupos a modificar a otros. Se trataba de una perspectiva de adaptación individual y el supuesto era que, en caso de conflicto, la modificación correspondía al individuo no al grupo.

Estas dos serias limitaciones hicieron crisis precisamente en los momentos en que la llamada "dinámica de grupos" logró su máximo de influjo social, es decir, durante los años sesenta. Por todas partes brotaron en los Estados Unidos y otros países europeos multitud de grupos que trataban de aplicar los métodos y recomendaciones de la dinámica de

grupos, buscando la comprensión interpersonal mediante la creación de un ambiente supuestamente permisivo y la riqueza en la comunicación. Sin embargo, ni este tipo de grupos resultaban aceptables para la gran mayoría de las organizaciones sociales norteamericanas, sobre todo las más importantes (industriales, estatales, militares o educativas), ni los problemas de fondo mejoraban a pesar de los esfuerzos individuales por mostrar comprensión y aceptación incondicional de los demás. Así, mientras la psicología social centraba sus esfuerzos en desarrollar las potencialidades del individuo y la comunicación interpersonal, socialmente seguían aumentando las diferencias intergrupales, la falta de comunicación y los controles totalitarios sobre las diversas comunidades.

Una segunda área de estudio impulsada por las necesidades y los problemas planteados por la Segunda Guerra Mundial fue la del cambio de actitudes. Ya en 1918, dos autores norteamericanos, W.I. Thomas y F. Znaniecki (1918-1920), habían indicado que la psicología social debía consistir en el estudio de las actitudes. Las actitudes, entendidas como predisposiciones adquiridas para actuar de determinada manera ante determinado objeto, constituían una unidad de análisis que parecía satisfacer la tendencia norteamericana a enfatizar los factores ambientales y del aprendizaje en el comportamiento de las personas, sin ignorar los factores genéticos. El fracaso de la propaganda norteamericana en lograr que los alemanes cambiaran en lo más mínimo sus actitudes, puso en crisis el conocimiento que se tenía al respecto y planteó la cuestión de si las actitudes no estarían más profundamente enraizadas en las personas y grupos de lo que se había creído hasta entonces.

Un grupo de psicólogos sociales, bajo la dirección de Carl Horland (ver Hovland y otros, 1953; 1960), inició un amplio proyecto de investigación sobre el cambio de actitudes, desde una perspectiva que pretendía integrar los principios de la teoría de la forma (Gestalt) con los principios del aprendizaje, sobre todo como habían sido propuestos por Hull (1943). Desde entonces y hasta mediados de los años sesenta, el área de las actitudes ha florecido como uno de los pilares básicos de la psicología social, multiplicándose los modelos y acumulándose los datos empíricos. Sin embargo, no sólo ha faltado quien lograra una visión sintética, sino que el estudio de las actitudes ha ido mostrando también serias deficiencias. El problema más insistentemente señalado por los psicólogos al modelo de las actitudes es su limitación respecto a la predicción del comportamiento específico. Pero probablemente un problema más grave ha sido su tendencia a ignorar la vinculación entre las estructuras personales (conceptualizadas como actitudes o de otro modo) y los determinismos macrosociales, sobre todo a través del poder social. Así, el estudio de las actitudes ha supuesto en buena medida el análisis ideologizado de la ideología de algún grupo particular.

Un tercer área impulsada por los problemas de la guerra fue el condicionamiento social de la persona humana así como el influjo de las personas en el sistema social. La preocupación surgía del hecho de que

uno de los pueblos más cultos, como el pueblo alemán, hubiera podido llegar a cometer o participar en las atrocidades a que le había conducido el régimen nazi. ¿Cómo era posible que el nazismo hubiera florecido de tal manera en la patria de Goethe y de Beethoven? La subsiguiente pregunta se centraba en la inquietud de si un proceso similar no estaría incoándose en otros países, aparentemente cultos y democráticos, como los Estados Unidos.

La pregunta, desde la perspectiva particular de la Escuela de Frankfurt e impulsada principalmente por científicos sociales de origen judío emigrados a Estados Unidos, condujo a numerosas visiones psicosociales. Sin duda alguna, la más conocida e influyente es la expuesta por T. W. Adorno y sus colaboradores en lo que, con bastante poca fortuna, se dio en llamar el modelo de "la personalidad autoritaria" (Adorno y otros, 1965). Esta visión representaba una modalidad interesante de freudo-marxismo y, por consiguiente, replanteaba el problema de las relaciones entre estructura social y personalidad. Con todo, el enfoque enfatizaba excesivamente los aspectos psicológicos del problema, llevando casi a la conclusión de que la transición entre regímenes políticos podía ser entendida con categorías psicológicas.

El segundo periodo en la historia de la moderna psicología social ha sido el de más vigor y entusiasmo. Sin embargo, a la hora del saldo final, se puede apreciar que los errores originales de enfoque, implícitos en la pregunta con que hemos calificado este periodo, han pesado tanto o más que los indudables logros obtenidos. En este sentido, el segundo periodo presenta tres constantes, precisamente vinculadas a la norteamericanización de la psicología social: el individualismo, el psicologismo y la perspectiva desde el poder establecido. En su segundo periodo, la psicología social no sólo se inclinó definitivamente hacia la socio-psicología, sino que optó por una visión individualista, según la cual la realidad debe ser estudiada tomando al individuo como unidad de análisis y como principio epistemológico. En otros términos, lo social debe ser visto y entendido desde lo individual. Así, buena parte de la psicología social ha bordeado continuamente el psicologismo, en el que más de un autor y un modelo cayeron plenamente. Este psicologismo ha abocado en los últimos años a un subjetivismo a ultranza, cuya semilla ya estaba echada tanto en la dirección adoptada por la dinámica de grupos como en la conceptualización de las actitudes. Todo esto resalta más la tercera constante de este periodo, es decir, la visión desde el poder: el presupuesto implícito es que la sociedad constituye un dato previo, un punto de partida y, como tal, no se cuestiona. Es el individuo el que debe adaptarse a la estructura social, militar o industrial, no la estructura la que debe cambiar. Lamentablemente, esta perspectiva ha permeado la mayor parte del trabajo de los psicólogos sociales, haciendo de ellos instrumentos al servicio de las necesidades del poder establecido, ayudando a cambiar al individuo, a contener su rebeldía y protesta, fortaleciendo así la estructura del sistema social capitalista, basado en la desigualdad y la explotación.

No toda la psicología social de este periodo ni todos los psicólogos sociales pueden ser acusados de haber sido instrumentalizados por el poder; pero el predominio de esta perspectiva ha marcado sin duda la línea central de su quehacer teórico y empírico.

(3) Tercer periodo.

En los últimos años, un creciente desencanto ha empezado a invadir a numerosos psicólogos sociales sobre los logros obtenidos por esta rama de la ciencia social, desencanto que incluso ha llevado a nos pocos a un claro escepticismo sobre sus posibilidades reales. La crisis estalló como un corolario de la derrota militar y política de la visión social norteamericana en la guerra del Vietnam. La derrota sirve para desenmascarar la sumisión del quehacer de las ciencias sociales a la perspectiva y necesidades del poder establecido, so capa de asepsia científica (como si la ciencia pudiera ser ajena a los conflictos históricos y evitarse el optar por unos valores) y de pragmatismo (como si la ciencia fuera más valiosa cuanto más huyera de la teoría y se abocara a los problemas inmediatos).

Al cuestionarse el poder establecido y la sumisión de las ciencias sociales a los dictámenes e intereses de ese poder, se abre una nueva perspectiva sintetizada en la pregunta con la que enmarcamos este periodo: ¿qué nos libera del desorden establecido? El cambio es radical en varios aspectos. Ante todo, el marco social se acepta como un dato, pero precisamente un dato criticable en su facticidad y en su negación de posibilidades sociales distintas (ver Marcuse, 1969). Por consiguiente, aunque el orden social sea un necesario marco de referencia, no es por lo mismo criterio normativo respecto a las personas y grupos. De ahí que si es importante saber qué integra a las personas al orden social establecido, más importante es saber cómo las personas pueden cambiar ese orden, liberarse de sus exigencias e imposiciones y construir un orden social diferente, más justo y humano.

El nuevo enfoque no desplaza totalmente a los dos anteriores y ni siquiera llega a constituirse en corriente central de la psicología social. Sin embargo, la crítica permea prácticamente todos los ámbitos explorados y las aportaciones más originales provienen precisamente de esas iniciativas críticas. Podemos señalar tres de estas revisiones, que abren importantes perspectivas nuevas a la investigación: la visión de la realidad social como construcción, el enfoque conflictivo del orden social y el papel político de la psicología social.

La concepción de la realidad social como una construcción histórica más que como un marco estructural ya dado ha sido mucho más propia de los enfoques de orientación marxista que de los de orientación funcionalista. No es por tanto de extrañar que la visión histórica de la sociedad haya permanecido notoriamente ausente del ámbito de la psicología social, fundamentalmente desarrollada en Estados Unidos. Incluso estudios como el de Sherif (1936), que apuntaban al carácter di-

námico de los grupos sociales respecto al orden social, constituyan la excepción a la visión imperante de carácter reactivo y adaptacionista.

El influjo de una serie de autores europeos, muchos de ellos emigrados a Estados Unidos a causa de la guerra mundial, prepara el terreno para la crítica a esta visión imperante. El marxismo y la fenomenología son las dos corrientes cuyo influjo se siente con más claridad, aunque los sociólogos tiendan a abrirse más al primero y los psicólogos a la segunda. En concreto, los psicólogos sociales se vieron estimulados por una obra sobre sociología del conocimiento, escrita en colaboración por un sociólogo norteamericano, Peter Berger, y un sociólogo alemán, Thomas Luckmann. Berger y Luckmann (1968) consideran la sociedad en su doble vertiente de realidad objetiva y de realidad subjetiva, de conjunto de roles y de actitudes interiorizadas, de organización normativa y de contexto para la identidad personal. Los individuos son ciertamente hechura de su sociedad, pero la sociedad, cada sociedad concreta, es hechura del quehacer de los grupos y personas. La sociedad aparece así en su relatividad histórica, como producto de un proceso humano y, por consiguiente, susceptible de transformación y cambio. La dialéctica de la realidad social contiene tres momentos, que Berger y Luckmann sintetizan en la triple afirmación de que la sociedad es un producto humano, la sociedad es una realidad objetiva, y el hombre es un producto social (1968, pág. 84). Lamentablemente, añaden Berger y Luckmann, la sociología norteamericana —y, más aún, la psicología social— han tendido a omitir el primer momento dialéctico de la realidad social, incurriendo en lo que Marx llamó su reificación, es decir, la visión de la realidad social con categorías cosificadas, apropiadas sólo para el mundo de la naturaleza.

Esta visión de la sociología del conocimiento ha sido recogida, aunque sólo parcialmente, en el enfoque conocido con el término de "etnometodología" (Turner, 1974). La etnometodología mantiene como punto central que los individuos aprenden a construir la estructura social de valores y normas a través de la actividad rutinaria (ver Garfinkel, 1967). En este sentido, la etnometodología supone que la realidad social está siendo continuamente generada por la actividad de las personas y, por consiguiente, que los valores sociales más importantes son aquellos subyacentes al sentido común, a las prácticas rutinarias, cotidianas. De manera parecida, Goffman (1971) trata de comprender la realidad social en términos teatrales, donde las personas actúan desempeñando papeles que definen esa realidad.

El acierto de la etnometodología está en el énfasis concedido al individuo como sujeto activo en la producción de la sociedad. Su debilidad se cifra en la pendiente subjetiva que tienden a seguir estos estudios, según la cual la realidad social es, en última instancia, cuestión de perspectivas. Esta subjetivización es perceptible en áreas tan de moda como los estudios de atribución (Jones y Davis, 1965). El mismo interaccionismo simbólico, corriente heredera de la visión de G.H. Mead (1972), ha tendido a

adoptar una postura subjetivista. En el fondo late el desencanto ideológico frente a la incapacidad por cambiar la realidad social mediante la acción social (espíritu kennediano propio de la década del sesenta) y de ahí la tendencia a cambiar al individuo y su propia visión de la realidad.

A pesar de su subjetivización, la concepción de la realidad social como construcción sirve para disipar el espejismo de su carácter absoluto, su reificación; así mismo sirve para deshacer el engaño de la unidad social, como si las fuerzas sociales funcionaran uniformemente para todos los sectores, los intereses fueran los mismos para todos los grupos, y las mismas normas y valores rigieran el comportamiento de todas las personas. La realidad social es una y múltiple, y existen contradicciones y diferencias que no pueden asimilarse sin más a una estructura uniforme y unitaria.

Una segunda perspectiva crítica que aparece en este tercer período de la psicología social cuestiona la concepción de la realidad social como una unidad armoniosa, al interior de la cual los grupos de individuos se adaptan o no. Por el contrario, la realidad social empieza a ser vista como el producto de una confrontación de fuerzas sociales y el orden social imperante como el resultado de la imposición de unas fuerzas sobre otras. La sociedad no alberga una población simplemente distribuida a lo largo de un continuo de características, sino que la sociedad se compone de grupos enfrentados entre sí a partir de intereses contrapuestos.

La visión conflictiva de la sociedad es también una visión preponderantemente marxista, y son una vez más autores europeos los que tratan de abrirle campo en el ámbito de la psicología social. Pero en este caso no se trata de autores que emigren a Estados Unidos, cuanto de autores que tienen que enfrentar los problemas de sus propias sociedades europeas. Una larga experiencia histórica y aun la simple evidencia de la realidad conflictiva en que viven les hace sentir con más agudeza las limitaciones, teóricas y prácticas, de una psicología social basada en la concepción de la sociedad como un todo armonioso. Esta misma conciencia les lleva a afirmar la parcialidad del análisis de la vida intragrupal mientras no se analice y conozca mejor la vida intergrupala. El punto central no consiste ya en examinar al individuo al interior del grupo, cuanto en examinar las relaciones entre grupos y las relaciones entre las personas no como simples individuos, sino como miembros de grupos (Billig, 1976).

Una de las áreas donde esta visión conflictiva ha tenido más repercusión es en el análisis realizado por la "antipsiquiatría", donde confluyeron influjos teóricos y experiencias prácticas muy diversas. La psiquiatría ha sido uno de los instrumentos tradicionales a través de los cuales la clase social dominante ha impuesto su poder y ha mantenido su orden social (Basaglia, 1972; Berlinguer, 1972). De ahí que las instituciones psiquiátricas hayan cumplido una misión paralela a la de las cárceles y que incluso sean las mismas instituciones las que, a través de su po

der ejercido totalitariamente (Goffman, 1970), hayan generado el mal que supuestamente pretendían eliminar.

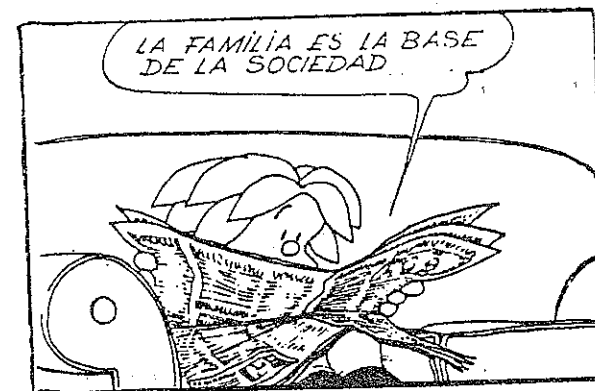
Quizá hayan sido los autores del movimiento antipsiquiátrico, los que mejor han puesto de manifiesto el carácter de la psiquiatría y, en general, de las ciencias psicológicas como instrumento al servicio del poder establecido. Ese punto constituye precisamente el tercer área crítica donde se perfila el nuevo enfoque de la psicología social.

La psicología social y, en general, toda la psicología, deseosa de adquirir estatuto científico y reconocimiento académico, tendió a desprenderse demasiado radicalmente de sus raíces filosóficas, a someterse con excesiva estrechez a los limitados márgenes del método experimental, y a pretender una asepsia científica que la ubicaba por encima de las preocupaciones y conflictos concretos de la vida social, ahorrándole al psicólogo la dolorosa necesidad de tener que optar por unos u otros valores.

La psicología social se convirtió así en una rama de las ciencias sociales en la que se multiplicaron indefinidamente los modelos de corto alcance, las teorizaciones referidas a casos específicos, pero donde brillan por su ausencia teorías ambiciosas que ofrezcan visiones globales de la realidad psicosocial. Cuantos más datos empíricos se acumulan, más se nota la carencia de una teoría que los englobe y dé sentido, hasta el extremo de que los autores de textos llegan a asumir como algo normal el que ni siquiera puedan ofrecer una definición precisa de su especialidad, y prefieran afirmar que la psicología social es la ciencia que estudia lo que de hecho estudian los psicólogos sociales. Por otro lado, al someterse a los requerimientos estrechos del método experimental, entendido restrictivamente, se cierra fuertemente el campo de estudio y se excluyen casi automáticamente las preguntas más importantes que se pueden plantear las personas y grupos. Como escribe un agudo crítico inglés, "sentimos que la psicología social debería explicar de algún modo nuestra propia experiencia, pero no lo hace, y esto nos ha decepcionado" (Armistead, 1974, pág. 7).

Todas estas limitaciones; teóricas, axiológicas y prácticas, hicieron que la psicología social se limitara a estudiar lo que el sistema le pedía y como el sistema se lo pedía, reduciéndose a un servilismo social incapaz de cuestionar a ese mismo sistema tanto por el ámbito en que se movía como por los instrumentos que había elegido. Se estudiaba la sumisión y el conformismo, no la independencia y la rebeldía. No es de extrañar así que se haya llegado a pensar que la psicología social no es más que una forma de historizar los procesos sociales (Gergen, 1973), y ello desde la perspectiva del poder establecido.

Al cuestionarse todo este enfoque genérico de la psicología social, se va a insistir por un lado en la necesidad urgente de volver a teorizar, y no sólo a elaborar modelos de corto alcance (Moscovici, 1972), así como a someter los métodos a la teoría y las técnicas a los problemas, no al contrario. Por otro lado, aparece la necesidad de que el psicólogo social,



como otros científicos sociales, tome conciencia de su enraizamiento social y, por consiguiente, de los intereses histórico a los que, por opción o por inconsciencia, está sirviendo. El ideal no consiste en buscar la asepsia a toda costa, cuanto en tratar de adecuar el propio quehacer científico a los valores por los que uno opta en su vida. No se trata simplemente de una tarea de decisión subjetiva, sino primero y fundamentalmente de una tarea objetiva, es decir, de que la ciencia realice mediante sus propias virtualidades aquellos valores por los que se ha optado, independientemente de la intención subjetiva de cada científico.

A pesar de que muchos psicólogos sociales siguen insistiendo en la necesidad de que la ciencia permanezca ajena a la opción axiológica, la crítica formulada ha roto el espejismo de la asepsia científica. Quien se atrinchera en su negativa a optar conscientemente, sabe que sirve de hecho a aquellos bajo cuyo poder opera, es decir, a la clase dominante en cada sociedad, y ello no sólo en las aplicaciones prácticas de su quehacer, sino, más fundamentalmente, en la estructuración misma de su saber y operar científico.

El cuestionamiento introducido en el tercer período de la historia de la psicología social contemporánea cambia no sólo los presupuestos, sino el objeto mismo al que concretamente aboca la psicología social. Al no aceptar como un punto inmutable de partida la realidad social, el problema central ya no se cifra tanto en la relación entre individuo y sociedad, su adaptación o inadaptación, cuanto en la oposición de grupos que genera un orden social concreto en cuyo interior los individuos actualizan intereses, perspectivas y situaciones sociales distintas y conflictivas. Esta perspectiva puede aún incurrir en alguna forma de psicologismo individualista o subjetivista, pero ciertamente tiende a valorar de manera primordial los influjos objetivos y las fuerzas grupales. Finalmente, es posible que algún psicólogo social opte por ponerse al servicio del orden establecido, ya sea por interés de clase, por convicción o simplemente por interés personal. Sin embargo, la opción por la postura opuesta queda abierta, y no sólo a nivel de la intención subjetiva o de las aplicaciones prácticas, sino también de la configuración misma del saber y hacer científico.

3. OBJETIVO DE LA PSICOLOGIA SOCIAL.

Al definir el objetivo de una actividad o de un quehacer, es necesario distinguir entre la finalidad perseguida por el sujeto y la finalidad objetivamente realizada o posibilitada por la naturaleza específica de la actividad o quehacer en cuestión. La voluntad e intención del sujeto puede dar en muchos casos una orientación definitiva a su quehacer; pero es importante subrayar que la naturaleza objetiva de los procesos no es cambiada a voluntad y que, como se suele decir, "el infierno está lleno de buenas intenciones". El no hacer esta distinción entre la naturaleza objetiva de una actividad y la intención subjetiva del individuo que la realiza ha oscurecido la gran mayoría de las discusiones sobre problemas éticos en psicología así como el carácter éticamente aceptable o rechazable del conductismo.

De una forma un tanto estereotipada, se afirma que el objetivo de la psicología consiste en "entender, predecir y controlar" la conducta de los individuos. Consecuentemente, el objetivo de la psicología social consistiría en "entender, predecir, y controlar" la conducta en cuanto social, ya sea que ésta se entienda como interacción ya sea que se entienda como respuesta ante estímulos sociales. Esta definición del objetivo de la psicología social presupone una concepción de ciencia y un consiguiente objeto de estudio de la psicología social sumamente problemáticos. Se trata, por consiguiente, de una dificultad objetiva, independientemente de las buenas o malas intenciones del psicólogo social.

"Entender" suele definirse operativamente como el encontrar la causa de alguna conducta. Ahora bien, la causalidad en cuanto determinación de algo a partir de algo no puede entenderse en el mismo sentido cuando se trata de los fenómenos naturales estudiados por las ciencias físico-químicas que cuando se trata de procesos humanos (Peters, 1960; Toulmin, 1969). En la práctica, el esfuerzo por limitar la comprensión psicológica de una conducta a la definición de su causa (eficiente, en sentido aristotélico), obliga a eliminar la interioridad de ese comportamiento, es decir, la eventual intención subjetiva de la persona así como el significado particular que un comportamiento pueda tener en determinada situación para cada sujeto. De hecho, esta visión del "entender" suele quedarse en una descripción, más o menos precisa, de la conducta así como de sus antecedentes y de sus consecuencias externamente observables. Esto supone un empobrecimiento inadmisible de la realidad psicológica, que se ve limitada a considerar conductas intrascendentes o a considerar de un modo intrascendente conductas (acciones) importantes en la vida humana.

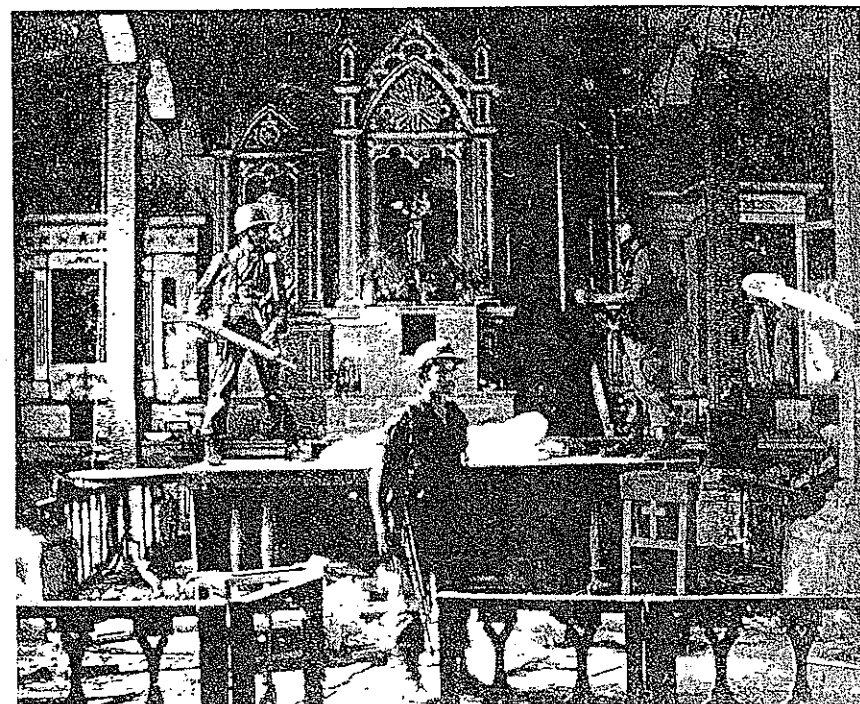
Al quedar en cuestión la particular comprensión que se puede adquirir sobre la conducta, por lo mismo entra en cuestión el sentido que se le pueda dar a los términos "predecir" y "controlar". La predicción se basaría, precisamente, en el conocimiento de la causa de una conducta, en el supuesto adicional de que, puesta la causa, tendrá lugar la conducta. Pero si esa causa encontrada es sólo un antecedente más, ya que se ignora un elemento esencial en la determinación de la acción humana, como es el sentido y la intencionalidad, la predicción no pasará de ser un ejercicio probabilístico, en muchos casos de valor muy cuestionable. Más aún, la predicción en ciencias naturales suele presuponer condiciones ideales para que un determinado fenómeno se produzca. Ahora bien, la precisión de esas condiciones ideales resulta poco menos que imposible en el caso de fenómenos humanos y sociales, donde las variables son indefinidas. De ahí la tendencia de muchos psicólogos sociales a reducir el campo de su quehacer a aspectos mínimos de la conducta humana, aspectos en el que se limitan al máximo las variables en juego. Pero al reducirse a aspectos mínimos de la conducta se reducen por lo general también a aspectos socialmente insignificantes o intrascendentes.

El control sobre la conducta depende de que se haya sido capaz de entenderla y predecirla, y requiere además la capacidad de influir en el proceso. Por tanto, las dificultades acumuladas en la comprensión y predicción de la conducta repercuten en la posibilidad misma de lograr su control. Además, el control mismo supone la presencia de nuevas variables, por lo general imprevisibles. Resulta entonces comprensible que de hecho no se haya logrado real control más que en conductas de laboratorio o en utopías intelectuales (Skinner, 1976). Finalmente, el término de control es, en el mejor de los casos, de una deplorable ambigüedad, no ajena a una fuerte carga de ideología tecnócrata.

"Entender, predecir y controlar" representa un objetivo comprensible en el marco de una psicología social cuyo objeto lo constituya una interacción abstraída de los determinismos macrosociales y de las concreciones históricas, o de una psicología social conductista que trate la conducta como una "cosa" más de estudio experimental. Pero ése no puede ser el objetivo si la psicología social, como se ha expuesto aquí, debe estudiar la acción humana en cuanto ideológica. Y no puede serlo precisamente como consecuencia del mismo abismo conceptual que separa a la acción de la conducta, y a la acción en cuanto ideológica de la interacción. La inclusión de intencionalidades, significaciones y procesos de conciencia así como de las grandes variables históricas hace del entender un objetivo necesario, pero conscientemente aproximativo y parcial; la comprensión del ser humano como un sujeto histórico, que produce y se produce, hace de la predicción un juego engañoso; la necesaria referencia sobre la vinculación de los actores sociales a los grandes intereses de clase hace del control un ejercicio de falsa conciencia en el mejor de los casos, cuando no un instrumento de políticas de dominación social.

Tal como aquí se ha definido, la psicología social debe buscar como objetivo el posibilitar la libertad social e individual. En la medida en que el objeto de estudio lo constituye la acción en cuanto ideológica, es decir, en cuanto determinada por factores sociales vinculados a los intereses de clase de los diversos grupos, se pretende que el sujeto tome conciencia de esos determinismos y pueda asumirlos (aceptándolos o rechazándolos) mediante una praxis consecuente. Ejercer la libertad va a constituir así, en muchos casos, un verdadero proceso de liberación social. Por eso se presenta como objetivo el hacer posible la libertad, ya que actuarla es por principio una praxis social en la que no sólo interviene el conocimiento. Pero ello mismo muestra la distinta comprensión que desde esta perspectiva adquiere el "entender" o el "predecir". No se trata de anticipar mecánicamente el futuro; se trata de poner a la disposición de los actores sociales los conocimientos que les permitan proceder más adecuadamente en cada circunstancia, en función de unos valores y principios sociales. Cuanto mejor es el conocimiento, con más claridad se abre al sujeto el ámbito para su decisión y acción consciente, es decir, más campo se presenta a su verdadera libertad social.

Este último punto está ya indicando que un objetivo como el aquí postulado supone una opción axiológica y un rechazo de la pretendida asepsia científica. A la psicología social corresponde desenmascarar los vínculos que ligan a los actores sociales con los intereses de clase, poner de manifiesto las mediaciones a través de las cuales las necesidades de una clase social concreta se vuelven imperativos interiorizados por las personas, desarticular el entramado de fuerzas objetivadas en un orden social que manipula a los sujetos mediante mecanismos de falsa conciencia. La psicología social como ciencia, y no sólo el psicólogo social como científico, debe tomar una postura ante esta realidad, pues presupuestos,



principios y conceptos van a estar condicionados por los intereses de clase que el psicólogo, como actor social que es también, va a asumir en su quehacer. Si las ciencias naturales son o no son ajenas a los valores es una discusión que aquí no nos concierne; ciertamente, las ciencias sociales no son ajenas a los valores ya que el propio científico social y su quehacer son parte de su mismo objeto de estudio. Hay una inevitable imbricación de sujeto y objeto, siendo el sujeto a la vez objeto y el objeto a la vez sujeto. Por ello, la comprensión en ciencias sociales tiene lugar desde el interior del proceso social estudiado y la opción se da en el quehacer científico mismo independientemente de que se tome o no conciencia de que se da esta opción.

La psicología social que aquí se presenta surge en una situación muy concreta. La situación de El Salvador, en los momentos en que todo un pueblo lucha organizadamente por liberarse de una opresión secular. Esta psicología social toma partido por ese pueblo, por sus luchas y aspiraciones, y pretende ser un instrumento para que el pueblo pueda tomar sus

decisiones con mayor claridad, sin dejarse engañar por espejismos o resabios de su conciencia tradicionalmente manipulada. No se trata de indicar al pueblo lo que tiene que hacer o no; se trata de incorporar el quehacer científico a una praxis social liberadora, que desenmascare y destruya la manipulación, promoviendo una sociedad basada en la solidaridad y en la justicia.

RESUMEN DEL CAPITULO PRIMERO

1. La psicología social que se refleja en los libros de texto presenta una realidad muy diferente de la latinoamericana y tiende a ignorar el papel de la estructura socioeconómica en la determinación del ser y actuar de personas y grupos.
2. Los enfoques más comunes de psicología social parten de algunos datos de la realidad, pero prescinden de si esa realidad factual ha sido definida por los grupos que detentan el poder, ignorando así su relatividad histórica.
3. En la medida en que una acción, ya sea individual o grupal, no pueda ser suficientemente explicada por factores del sujeto, sino que deba hacerse referencia a sus relaciones con las demás personas para entender su sentido total, en esa medida la acción es social y debe ser estudiada por la psicología social.
4. El influjo interpersonal no es una relación mecánica de estímulos y respuestas, sino que es parte constitutiva de la acción, a la que da sentido y significación ligándola a una sociedad concreta.
5. Se puede definir la psicología social como el estudio científico de la acción en cuanto ideológica, entendiendo por ideología aquellos esquemas cognoscitivos y valorativos producidos por los intereses objetivos de la clase dominante en una sociedad determinada e impuestos a las personas que los asumen como propios.
6. Las personas materializan en forma concreta las fuerzas sociales que configuran una realidad. Por tanto, para entender la acción de las personas se debe recurrir a sus raíces sociales.
7. Se usa el término acción en lugar de conducta ya que la acción no sólo supone una serie de movimientos observables, sino también un sentido y un producto histórico.
8. Dos peligros de las ciencias sociales son el psicologismo y el sociologismo, que constituyen dos formas distintas de reduccionismo. Mientras el psicologismo abstrae los problemas de la historia y los refiere a los individuos y sus características, el sociologismo reduce todos los problemas a variables sociales, negando la participación activa del hombre.

9. El método dialéctico parece ser el más adecuado para el estudio del objeto de la psicología social, pues considera que persona y contexto se constituyen mutuamente, sin que se pueda entender la una sin la otra. Para comprender los procesos ideológicos de una persona deberá examinarse la estructura social de la que es parte.
10. Muchos han sido los aportes de la filosofía a la psicología social. Sócrates sostenía la importancia de las circunstancias en la determinación de la acción humana y Platón aceptaba la maleabilidad del ser humano. En contraposición, Maquiavelo concebía la naturaleza humana como más fija. Hobbes consideró que el hombre es antisocial por naturaleza, mientras Rousseau defendió su bondad natural. Finalmente, Marx sostuvo que la sociedad se formaba en la oposición de grupos, uno de los cuales se imponía sobre el otro, haciéndole asumir prácticas y valores ajenos a sus propios intereses.
11. Cuatro hechos históricos marcan el nacimiento de la psicología social y de las demás ciencias sociales hacia mediados del siglo XIX: a) una mayor conciencia sobre las diferencias entre los grupos humanos; b) la concepción secularizada del ser humano; c) la revolución industrial; y d) el desarrollo de una nueva metodología.
12. Un primer periodo en la historia de la psicología social se caracteriza por una visión de la sociedad como una realidad homogénea. Esta visión queda planteada en la pregunta fundamental de este periodo: ¿qué nos mantiene unidos en el orden social establecido?
13. Un segundo periodo arranca de la americanización de la psicología. La pregunta fundamental es: ¿qué nos integra al orden establecido? Se parte de la necesidad de adaptar al individuo al orden social imperante. Las tres áreas más estudiadas en este periodo son: los pequeños grupos (la "dinámica de grupos"), las actitudes y la relación entre cultura y personalidad. La forma de abordarlas y sus contenidos reflejan el sesgo teórico hacia el individualismo, el psicologismo y la perspectiva desde el poder establecido.
14. Un tercer periodo se caracteriza por la siguiente pregunta: ¿qué nos libera del desorden establecido? Supone ya un cuestionamiento del orden social. Los postulados de este nuevo periodo serían: a) la visión de la realidad social como una construcción histórica, como un producto de la acción humana; b) el enfoque conflictivo del orden social; y c) el papel político de la psicología social.
15. El aceptar como objeto de estudio de la psicología social a la acción en cuanto ideológica lleva a buscar un objetivo que supere las intenciones positivistas de "entender, predecir y controlar la conducta". Este objetivo debe ser el posibilitar una mayor libertad individual y grupal mediante la toma de conciencia sobre los determinismos sociales de la acción. Un mayor conocimiento de esos determinismos abrirá la posibilidad de opciones más personales y una acción más consciente.